
PLAZA PARA UN PLANETA
GLENN PARRISH
USA
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO


cb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

6 — Planeta rebelde — *Ralph Barby*
7 — Piloto de la IV galaxia — *Marcus Sidéreo*
8 — Los superseres — *Glenn Parrish*
9 — Planeta de mujeres — *Keith Luger*
10 — Muñecos de muerte — *Marcus Sidéreo*

# GLENN PARRISH

# PLAZA PARA UN PLANETA

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 11**
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO – RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B. 29.091 – 1970
Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: setiembre, 1970



**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1970

# CAPÍTULO PRIMERO

La suerte de Raymond Anderson para los negocios era proverbial entre quienes le conocían. Algunos, exagerando la nota, decían que era un rey Midas, que convertía en oro todo lo que tocaba. No era para tanto.

Ciertamente, Anderson tenía unos cuantos negocios, de gran rendimiento. Pero sus mayores beneficios los obtenía en la Bolsa, cuyas fluctuaciones sabía adivinar como si se tratase de un brujo.

Ello le permitía comprar cuando había que comprar y viceversa. Resultado: cada vez que «entraba» en juego, «salía» forrado de dinero.

Por si fuese poco, tenía una esposa joven y bella que lo idolatraba. Ciertamente, Anderson no podía pedir nada más en este mundo. Salud, dinero y amor. La mejor combinación para conseguir la felicidad.

La buena suerte de Anderson se truncó el día en que un desconocido le pegó cuatro tiros, uno tras otro, así como suena, hasta completar en la práctica lo que muchas veces no es sino una frase hecha. Como consecuencia de la violenta introducción de aquellos cuatro trocitos de metal en su organismo, Raymond Anderson dejó de ser un hombre afortunado para convertirse en un cadáver.

La policía acusó en un principio a su bella secretaria personal, Diana Forbes, de la cual había tenido bastantes celos la viuda del interfecto. No obstante, al no existir pruebas concluyentes, Diana Forbes fue exculpada del asesinato.

Las investigaciones prosiguieron, pero todos los esfuerzos de la policía resultaron inútiles. Hubo agente que aseguró con amargo sarcasmo que el difunto se había suicidado a plazos de un balazo cada uno, pero su hipótesis, naturalmente, no fue tenida en cuenta.

A la viuda, Lisa Anderson, no le satisficieron poco ni mucho las actuaciones de la policía y, en vista de que no se adelantaba nada, decidió obrar por su cuenta y riesgo y contrató a un detective privado.

*

Aquel día, en que se había tomado unas vacaciones de diez o doce horas para dedicarse a la pesca en el mar, Vic Stanton pescó algo muy diferente de lo que había esperado capturar con su caña, sus anzuelos y sus cebos.

Stanton era un hombre joven, de unos treinta y dos años, que aparentaba seis menos, merced al tratamiento que seguía desde los veinte y que le permitiría aparentar ochenta cuando hubiese cumplido el siglo y medio de existencia. Medía casi metro noventa y pesaba

ochenta y ocho kilos e, inteligencia aparte, que la poseía en gran cantidad, rebosaba vitalidad por todos los poros de su cuerpo.

Pero también le gustaba de cuando en cuando haraganear un poco. Entonces, saltaba a su bote y se alejaba a un par de millas de la costa, para pasarse la mayor parte del día pescando.

El bote era movido por un pequeño motorcito fuera borda y Stanton le colocaba una pequeña toldilla de vivos colores, a fin de resguardarse de los potentes rayos del sol. Con un sombrero de paja y unos pantalones cortos por toda indumentaria, vigilando de cuando en cuando el flotador de la caña de pescar, se sentía el hombre más feliz del mundo.

Un aparato de radio emitía música suave, de fondo. Stanton dejaba ir el tiempo plácidamente, cuando, de repente, un vivo destello hirió sus pupilas.

Stanton abandonó en el acto su lánguida postura. ¿Qué era aquello que brillaba de modo tan distinto al de las olas en movimiento?

A los pocos momentos lo distinguió con claridad. Era una botella que subía y bajaba en el mar, siguiendo el compás de las olas.

—No se tratará del mensaje de un náufrago —se dijo de buen humor.

La corriente traía la botella hacia el bote. A los pocos momentos, Stanton pudo alargar la mano y coger la botella con toda facilidad.

Entonces vio que, en efecto, había un mensaje en el interior del envase vidriado. También había algo más.

Un hombrecillo. Un ser humano. Una figura diminuta que se agitaba y saltaba frenéticamente dentro de la botella, golpeando con sus minúsculos puños las paredes de vidrio transparente.

Stanton parpadeó.

—Estoy soñando —fue lo primero que dijo en alta voz.

Para despertarse, se inclinó sobre la borda y se arrojó al rostro con la mano unas cuantas gotas de agua. La frescura del líquido le convenció de que, efectivamente, estaba despierto.

Cogió la botella de nuevo. El diminuto prisionero continuaba sus frenéticos saltos.

Stanton acercó la botella a su oreja. Entonces, percibió una voz debilísima que decía:

—¡Sáqueme de aquí, por favor! ¡Sáquemeeeee...!

Stanton empezó a pensar en historias fantásticas de genios encerrados en una botella o redoma mágica. Él había encontrado uno y ahora, al liberarlo, sería su esclavo y le concedería todo cuanto le pidiese.

Pero, ¿no eran fantasías todas aquellas narraciones, más propias de las mil y una noches que de un mundo supertecnificado en los principios del siglo XXI?

—¡Sáqueme, sáqueme! —seguía gritando el minúsculo, prisionero.

Stanton no se había recuperado todavía de su sorpresa. Durante unos segundos, vaciló acerca de lo que debía hacer.

Acercó la botella a su cara. El prisionero tenía las cejas un tanto picudas y nariz ganchuda. Vestía una camisa a cuadros y pantalones de color claro.

Para ser un genio, pensó Stanton, su indumentaria era harto corriente y muy poco parecida a la convencional de corte oriental en tales casos.

—Debe de ser que los genios modernizan sus vestimentas.

El genio sacó la lengua y le hizo gestos de burla con las manos. Stanton se echó a reír.

—Quieres provocarme para que te saque, ¿eh? —dijo de buen humor—. Está bien, muchacho.

Forcejeó un poco y sacó el tapón. Entonces, el genio dio un salto hacia arriba, se agarró con ambas manos al gollete y sacó la cabeza y los hombros al exterior.

Ocurrió algo fantástico. A medida que salía de la botella, el individuo recobraba su tamaño normal, ligeramente inferior al de Stanton. Segundos más tarde, había dos hombres en el bote y una botella vacía.

Stanton estuvo unos segundos contemplando al individuo con la boca abierta de par en par. Luego, de repente, dio media vuelta, sacó el cuerpo fuera del bote, metió la cabeza en el mar y estuvo así hasta que notó la falta de aire en sus pulmones.

—¡Eh, que te vas a ahogar! —gritó el genio.

Stanton se sentó de nuevo en el banco y sacudió la cabeza, chorreante de agua.

—No estoy soñando —dijo.

—Claro que no estás soñando —exclamó el genio—. Todo lo que te ocurre es pura realidad, amigo. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Stanton, Vic Stanton. ¿Y tú?

—Soy Toit, de la raza de los xilf —contestó el genio orgullosamente. Alargó la mano y dijo—: Gracias por haberme sacado de mi encierro, terrestre.

Stanton sintió que crecía más su asombro.

—Te... terrestre —repitió—. ¿Qué... qué quieres decir con eso? ¿Acaso tú no lo eres?

Toit sacudió la cabeza.

—No, no soy terrestre. He nacido en el planeta de los xilf, pero ésta es otra historia, que quizá conozcas algún día. De todas formas, debes saber que a partir de este momento, estoy enteramente a tu servicio, siempre que ello no interfiera la misión que tengo encomendada para cumplir en tu planeta.

Stanton escuchaba al individuo con la boca abierta. Si no lo hubiera visto minutos antes encerrado en la botella, habría dicho que se trataba de un maniático.

—¿Tienes que cumplir… una misión en la Tierra? —preguntó.

—Sí, pero no temas, no es una misión peligrosa para vosotros —contestó Toit—. Me llevarás a tierra, supongo.

—Sí, claro… Oye, Toit.

—Dime, Vic.

—¿Cómo… cómo hiciste para meterte en la botella?

Toit sonrió de mala gana.

—Te vas a reír de mí cuando lo sepas, Vic.

—No, Toit, no me reiré. Anda, cuéntame, estoy terriblemente intrigado…

—Encontré la botella mediada de licor y me metí adentro a beberme el resto del fondo, cuando ya la había vaciado casi por completo. Me emborraché miserablemente… y cuando eso le sucede a un xilf, se vuelve invisible. Mientras tanto, los niños de la casa donde encontré la botella, decidieron jugar a los náufragos y metieron un papel en la botella. Después de taparla bien, la arrojaron al mar.

—Contigo en su interior.

—Sí. Por fortuna, el encierro ha durado pocos días y mi misión no ha sufrido perjuicios. De lo contrario, ¡no sé qué cosas tan terribles habría dicho mi jefe, Vic!

—¿Quién es tu jefe, Toit?

—No hagas preguntas —rezongó el enigmático sujeto—. Anda, llévame a tierra.

Stanton frunció el ceño.

—Toit, si mal no recuerdo, habías declarado ponerte a mi servicio incondicionalmente. ¿Cómo, entonces, te atreves a darme órdenes?

—Por supuesto, no puedo darte órdenes, pero, ¿es que te vas a pasar la vida en el mar?

—Un xilf como tú, capaz de meterse en una botella, ¿no es capaz de volar solito hasta la orilla?

—Vic, ¿qué te has creído? —exclamó Toit indignadamente—. Los xilf somos, ciertamente, polimórficos, pero ello no significa que podamos volar como los pájaros.

—Polimórfico significa que puedes adoptar varias formas. ¿Eres incapaz de convertirte en un pájaro?

—De lo que soy incapaz es de volar como un pájaro, aunque adopte su forma. Mi peso no varía en absoluto, ¿comprendes?

—Vaya —resopló Stanton—. Entonces, tendrías que haberte hundido en el mar con la botella.

—Porque estuve haciendo esfuerzo mental todo el rato para mantenerme a flote —explicó Toit.

Stanton sacudió la cabeza. Aquellas respuestas no le convencían en absoluto.

—A lo mejor es que todavía te dura la «ligereza» del alcohol —apuntó irónicamente.

—Quizá sea eso —admitió Toit con expresión pensativa—. El licor produce efectos extraños en nuestros organismos, sobre todo, teniendo en cuenta, que es desconocido en nuestro planeta.

—Sí, eso debe de ser —dijo Stanton con aire trivial—. Bueno, voy a poner en marcha el motor y regresaremos a tierra. ¿Dónde vives cuando resides en la Tierra, Toit?

—En ninguna parte, así que, si no tienes inconveniente, me alojaré en tu casa a partir de este momento.

—Tendré que cerrar con llave el licor —sonrió Stanton.

Toit hizo una mueca.

—He quedado curado de mi afición al alcohol para una buena temporada —manifestó—. Oye, Vic, ¿cuál es tu oficio?

—Detective privado. Investigador, si te gusta más esta otra definición.

—Eso significa que curioseas en la vida de los demás, ¿verdad?

—Hombre, más o menos… pero nunca por propia iniciativa, sino por mandato de otras personas.

—Y cobrando.

—Claro. Uno tiene que vivir, Toit.

—Detective privado —repitió el xilf pensativamente—. ¡Qué casualidad tan afortunada! Resultaría curioso que mi amo me ayudase a realizar la misión para la cual fui enviado a este planeta.

—¿Cómo dices, Toit? —preguntó Stanton, que no había entendido bien las palabras del xilf.

—No, nada, nada… Anda, vámonos a casita. Cuando tengo aspecto terrestre, estoy sujeto a vuestras mismas necesidades… ¡y ahora estoy rabiando de hambre después de casi una semana sin probar bocado!

# CAPÍTULO II

Stanton guardó silencio unos segundos, mientras escrutaba el semblante de la bella dama que tenía frente a sí en su despacho. La señora Anderson vestía con un gusto exquisito y era preciso admitir que el luto realzaba de un modo admirable su escultural belleza.

«Ahora está muy apenada por la pérdida de su esposo, pero es joven, muy hermosa y va a heredar una colosal fortuna, así que pronto se consolará. Es la vida», pensó el detective.

Y en alta voz:

—Así que usted desea que me encargue de la investigación, señora Anderson.

La viuda colocó sobre la mesa un cheque.

—Diez mil dólares como anticipo. Le pagaré veinticinco mil más, cuando demuestre la culpabilidad de Diana Forbes —manifestó.

—¿Qué le hace pensar que la señorita Forbes es la asesina de su esposo?

Los ojos de Lisa Anderson centellearon.

—Nadie sino ella puede haber sido —contestó—. Coqueteaba con mi esposo descaradamente, a fin de conseguir que se separase de mí y convertirse ella en su mujer. Mi esposo me era absolutamente fiel y ella, cuando vio que no podía conseguir sus propósitos, lo asesinó.

—La policía declaró que no había pruebas para acusarla.

—Encuéntrelas usted.

—No es tan fácil como parece, señora Anderson. ¿Es que se cree que los policías son tontos? Cuando soltaron a Diana Forbes, es porque no había indicios racionales de culpabilidad.

La señora Anderson echó el busto hacia adelante.

—¿Sí? ¿Y qué me dice del millón de dólares que los abogados de mi esposo van a entregar a Diana Forbes? Se lo van a dar sin que la mencione siquiera en el testamento. ¿No le parece ese otro buen motivo para asesinarlo, viendo que no podía conseguirlo a él personalmente?

—¿Ha dicho un millón de dólares, señora?

—Ni un centavo menos. —Lisa señaló el visófono que había sobre la mesa—. Llame a *Hubert, Hubert & Marrison*, que es la firma de abogados que atendían los intereses de mi marido, y le confirmarán cuanto acabo de decir.

—Está bien, la creo, señora; pero, ¿por qué tiene que recibir Diana un millón de dólares?

Lisa pareció concentrarse un momento.

—No estoy muy segura —dijo—. En cierta ocasión, sorprendí una

extraña conversación telefónica de mi marido con una persona desconocida que, desde luego, no era Diana Forbes. Mi marido dijo al otro que si le pasaba algo, ya había quien continuaría su labor y que dejaría los medios suficientes para ello a una persona determinada. Yo le pregunté luego de qué se trataba, pero Raymond no quiso contestarme. A pesar de que siempre me contó todos sus problemas, en esta ocasión se negó rotundamente e incluso se enfadó cuando insistí. Para mí —concluyó la señora Anderson—, está claro; la persona mencionada no puede ser otra que Diana Forbes.

—Pero usted no oyó claramente ese nombre.

—Por supuesto que no. Sin embargo, ¿a qué otra persona podía referirse?

Stanton sonrió.

—Señora Anderson, si mal no recuerdo, su esposo era hombre con numerosas amistades —dijo.

—Es cierto. Y también le daré otro dato, que tal vez pueda servirle en sus investigaciones, señor Stanton. Aquella noche, Ray durmió muy mal. Soñaba en alta voz, cosa que no ocurría nunca. No entendí bien lo que dijo: sólo conseguí captar una palabra que me pareció un nombre de persona, aunque muy raro, es cierto.

—¿Qué nombre, señora Anderson?

—Mohgr... Dijo «los mohgrs». ¿Es una banda de forajidos, señor Stanton?

—No tengo la menor idea ni he oído jamás ese nombre, pero investigaré —prometió el detective.

Lisa se puso en pie.

—Gracias, señor Stanton —dijo—. Tengo la seguridad de que acabará demostrando la culpabilidad de Diana Forbes.

*

—¡El cielo nos asista! —sonó una voz en el despacho cuando Lisa Anderson lo hubo abandonado.

Stanton se volvió. Toit asomaba medio cuerpo fuera de un jarrón de gran valor artístico, situado sobre un pedestal de mármol. El detective hizo un gesto de desagrado.

—Sal de ahí —gruñó—. Podrías romperme el jarrón.

Toit hizo fuerza con las manos en el borde del jarrón y saltó fuera. Mientras caía, recobró su tamaño normal.

Stanton se pasó una mano por los ojos. Todavía no había podido acostumbrarse a los cambios de forma del xilf.

—¿Has oído la conversación, Toit?

—Sí, y lo repito de nuevo. ¡El cielo nos asista!

—Te veo muy alarmado, Toit.

—Ya puedes decirlo, Vic. Estoy seguro de que el asesinato de

Anderson está relacionado con mi misión.

Stanton se quedó parado.

—¿Cómo dices?

—Lo he oído bien claramente, Vic —contestó el xilf—. Anderson mencionó en sueños a los mohgrs. ¡Y yo estoy precisamente en la Tierra para luchar contra ellos!

—¡Caramba! —exclamó el detective, pasmado—. Eso es nuevo para mí.

—Y tanto, como que no te lo habría dicho, de no ser porque esa hermosa viuda ha mencionado a nuestros más encarnizados rivales.

Stanton respingó.

—Toit, espero que no vayas a convertir nuestro planeta en un campo de batalla —dijo.

—Oh, ¿quién sabe? No depende todo de mí, sino de los mohgrs. Si ellos se enteran de que estoy en la Tierra, me buscarán ahincadamente, para eliminarme... como hicieron con Anderson.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir, Toit? —gritó el detective.

—Sencillamente, que Anderson era un xilf, como yo —contestó Toit con rotundo acento.

*

Acompañado de Toit, Stanton descendió a la calle y se metió en el automóvil, que ya había hecho salir del estacionamiento subterráneo.

El xilf se sentó a su lado. Stanton insertó en su lugar la llave de contacto, dio media vuelta y luego marcó varias cifras, presionando unas cuantas teclas numeradas que había en determinado punto del tablero de mandos.

Al terminar de marcar la última cifra, que en realidad no era sino una clave determinada, presionó el acelerador y el vehículo se puso en movimiento.

Los motores de gasolina habían sido desechados hacía mucho tiempo. Ahora se usaba como fuerza motriz la energía radiante.

Era, en realidad, electricidad enviada a través de las ondas, desde un satélite. Cada automóvil tenía una línea de energía, que sólo actuaba cuando se señalaba la clave correspondiente, como una vulgar llamada telefónica.

Ello había acabado con la contaminación de la atmósfera. Rápidos, cómodos y seguros, los automóviles de principios del siglo XXI iban provistos, además, de radar antichoque, que accionaba los frenos automáticamente apenas se producía la inminencia de una colisión

El coche se deslizó suavemente sobre unos canales programados automáticamente. Al cabo de media hora, Stanton detuvo el vehículo en las inmediaciones de un edificio de doscientos pisos.

—Ahí vive Diana Forbes —dijo.

Toit se reclinó en el asiento.

—La mohgr —murmuró.

—¿Crees que ella sea una mohgr?

—Por supuesto. Descubrió que Anderson era un xilf y lo mató. Naturalmente, procuró no dejar pruebas de su crimen.

—Pero si Anderson era polimórfico como tú, ¿cómo no pudo cambiar de forma cuando vio que ella lo iba a matar?

—La sorpresa, a veces, puede influir en nuestro mecanismo mental de transformación —explicó Toit—. Esto, naturalmente, retrasa el proceso de cambio de forma que, en circunstancias ordinarias, es instantáneo, y se produce apenas el sujeto elige la nueva forma deseada.

—¿Podrías convertirte en una serpiente si te lo pidiera, Toit?

—Por favor, Vic; podías haber elegido un animal de figura más agradable.

Stanton se echó a reír.

—Dispénseme, Toit. Oye, los mohgrs, ¿son también polimórficos?

—Desde luego, Vic.

—Me gustaría verte en tu estado original, Toit.

—Ni lo sueñes. Te horripilaría, Vic, y no digo nada de los mohgrs. Comparados con ellos, los xilfs somos los campeones de belleza de la galaxia.

Stanton volvió a reír. Luego dijo:

—Toit, si Diana Forbes es una mohgr, ¿no habría medio de comprobarlo?

—Pues…, sí, pero aquí carezco de los instrumentos precisos. No te vayas a creer que a pesar de nuestras facultades polimórficas no necesitamos a veces instrumentos, Vic.

—Me lo imagino. Lo que ya no entiendo es cómo conseguís esos cambios de forma.

—Somos una raza muy vieja, Vic —contestó el xilf sentenciosamente—, y cuando una raza envejece, no tiene más que dos alternativas: extinguirse o procurar la supervivencia La vejez, también, concede experiencia, esto es lógico, y en el transcurso de los siglos aprendimos a hacer que la mente dominase por completo al cuerpo.

—Entiendo, aunque eso no se compagina muy bien con tus «caídas en picado» sobre la mesa a las horas de las comidas.

Toit soltó una ruidosa carcajada.

—Mi mente domina al cuerpo, es cierto —dijo—. Yo podría pasar meses enteros sin alimento, pero, muchacho, es que vuestros manjares son una fuente continua de tentaciones para un xilf… y puesto que he adoptado vuestra figura, ¿por qué no aprovecharme de lo bueno que se deriva de ser un terrestre?

—No deja de ser un razonamiento lógico —convino Stanton.

De pronto, Toit lanzó una exclamación:

—Mírala, ahí está.

Una hermosa joven salía en aquel momento de la casa. Stanton admiró la figura de Diana Forbes, alta y delgada y de pelo dorado oscuro, como un casco de bronce. Vestía una blusa blanca, sin espalda, y pantalones cortos y ajustados. En la mano llevaba un bolso a juego.

Diana entró en un automóvil detenido junto a la casa. Momentos después se separaba del bordillo de la acera.

—Sigámosla, Vic —dijo Toit.

Stanton puso su auto en marcha.

—Me pregunto quién es el amo aquí —dijo con una punta de ironía—, si el que dijo que iba a ser mi fiel servidor toda la vida o…

—Vamos, Vic —dijo Toit en tono de buen humor—, no te sulfures. Lo único que quiero es ayudarte a conseguir un éxito en tu carrera profesional.

# CAPÍTULO III

El observatorio estaba sumido en las profundidades del espacio, pero tenía el planeta a la vista.

Sus poderosos sistemas de antidetección le hacían completamente inmune a los radares terrestres, y al mismo tiempo, lo invisivilizaban de una manera absoluta. Para los habitantes de la Tierra, aquel observatorio era como si no existiera.

Y, sin embargo, llevaba en el espacio cientos de años, completamente inmóvil, habitado por seres pertenecientes a una raza cósmica que aguardaban con infinita paciencia el momento de su triunfo.

Para ellos, el tiempo no contaba. La vida de un terrestre era como una hora en su cómputo temporal. Eran seres completamente distintos en todos los aspectos y no sólo en el puramente formal.

En el interior de la nave había una brillantísima iluminación que no era, sin embargo, percibida desde el exterior. Sólo en la gran cabina de mandos reinaba cierta penumbra, con objeto de apreciar mejor visualmente lo que sucedía en el espacio exterior.

A veces, una nave terrestre adoptaba una órbita de colisión. Los delicados y perfeccionadísimos detectores del observatorio funcionaban automáticamente y lo apartaban de la órbita del aparato terrestre, regresando a su posición apenas pasado el peligro.

A bordo del inmenso observatorio había un comandante. No tenía nombre, al igual que todos los tripulantes del observatorio, y era más conocido por la cifra que designaba su rango oficial.

Era el número Uno. Sus decisiones, profundamente meditadas cuando resultaba preciso, eran inapelables.

El número Uno estaba en aquellos momentos en su cabina de mando, contemplando algunos de los instrumentos que reflejaban las observaciones que otros tripulantes realizaban a bordo. Debajo de ellos, a setenta mil kilómetros de distancia, se veía una bola de plata moviéndose lentamente en el espacio.

Era el planeta Tierra.

Una luz brilló de repente en el cuadro de mandos. Las sensibles pupilas del número Uno captaron en el acto aquel centelleo.

—Habla Uno. Informe.

—Posición autobomba —sonó una voz en la cabina—. Sin novedad. Continúa en el mismo sitio.

—¿Porcentaje de aumento?

—Cero cero coma uno por ciento a las veinticuatro horas.

—Resulta un poco lento, ¿no cree, Setenta?

—Así pienso yo, Uno, pero no podemos acrecentar el porcentaje sin riesgo de averiguar alguno de los elementos transformados de la autobomba.

—Es posible, pero creo que merecería la pena correr ese riesgo durante un período de siete veces veinticuatro horas. Setenta, ¿se atrevería usted a aumentar el porcentaje en una décima parte del actual? Eso nos permitiría una ganancia de dos horas y veinticuatro minutos cada período de veinticuatro horas.

—Lo intentaré, Uno —contestó Setenta.

—En todo caso, haga un enlace con el interconexionador automático, que suspendería la aceleración instantáneamente en caso de riesgo. Así volveríamos de modo automático al porcentaje seguro de crecimiento.

—Una excelente idea que pondré en práctica en el acto, Uno.

—Gracias, Setenta.

Otra luz brilló en el cuadro de mandos.

—Informe, Diecisiete —pidió Uno.

—Acarreo y transformación de suministros, con plena normalidad, sin desfases críticos —sonó otra voz.

—Estupendo, Diecisiete, Ha hecho usted una buena labor.

—Gracias, Uno

La luz se apagó. A los pocos momentos se encendió otra.

Era de color verde, lo que significaba que el informe procedía directamente de la superficie del planeta observado

—Hable, Cuarenta y Dos —dijo uno—. Le escucho.

—Noticias poco agradables, Uno —informó Cuarenta y Dos—. La muerte del terrestre Anderson está siendo investigada por otros canales distintos.

—Interesante —murmuró Uno—. ¿Quién es el investigador?

—Un terrestre llamado Vic Stanton. Las acciones que ha realizado hasta ahora parecen señalar ciertos contactos con los xilfs.

El número Uno abandonó su expresión de impasibilidad, violentamente sobresaltado.

—¿Es cierto, Cuarenta y Dos?

—Se corre peligro de que mis sospechas sean realidad, Uno.

—No podemos permitir que nadie interfiera nuestros planes, Cuarenta y Dos. Anderson trató de hacerlo y por eso lo eliminamos.

—¿Sugiere que eliminemos también a Stanton?

—No lo sugiero; lo ordeno, Cuarenta y Dos.

—Tomo nota de su orden, Uno. La cumpliré a la mayor brevedad posible.

—Informe apenas se haya producido esa eliminación.

—Sí, Uno.

*

Diana Forbes había ido a visitar a un tal profesor Sym Brunee, experto en geología. A Stanton le parecía sumamente extraña la visita.

Toit no estaba menos desconcertado.

—¿Por qué ha ido a ver a ese geólogo? —preguntó el xilf.

—Oh, tú que eres tan superinteligente podrás adivinarlo —contestó Stanton con ironía.

—Tendré que concentrarme —respondió Toit llanamente.

Después de permanecer una hora con Brunee, Diana había regresado a su casa. Stanton se hallaba ahora en su apartamento, entregado a la fascinante labor de pasearse por la sala con una copa en la mano, un cigarrillo en la otra y la mente ocupada en aquel problema.

¿Debía interrogar personalmente a Diana? ¿Era conveniente una visita al profesor Brunee?

¿Resultaría útil una entrevista con la viuda Anderson?

¿Qué sabía Lisa de los mohgrs?

Toit asomó de repente desde la parte posterior de un cuadro que representaba a unos indios haciendo fuego en una hoguera.

Era una reproducción de una vieja lámina dibujada por un artista que había vivido en Estados Unidos al final del siglo XIX. Toit tenía el rostro pintarrajeado y se cubría la cabeza con un penacho de plumas de vivos colores.

—Vic —llamó.

El detective se volvió.

—¿Qué quieres, Toit? Pero, ¿qué diablos haces ahí vestido de piel roja?

Toit se echó a reír.

—Perdona, no me había dado cuenta. Se está tan bien en esa hoguera...

Stanton emitió un gruñido. Seguía sin acostumbrarse a los continuos cambios de forma del xilf.

—Está bien, habla —invitó—. ¿Qué quieres?

—Se trata de Anderson. He reflexionado mucho, Vic.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

—Sí, Vic. Anderson mencionó a los mohgrs. Un terrestre no tiene por qué conocer su existencia, a menos que tenga un xilf a su lado, como te sucede a ti.

—Eso es verdad. ¿Y...?

—Pero Anderson no tenía a su lado a ningún xilf, sino a una mohgr.

—Diana Forbes.

—Exactamente. Diana es una mohgr y se enteró que Anderson era un xilf. Por eso lo asesinó.

—Toit, todavía no has comprobado si Diana es una mohgr. Y en cuanto a afirmar que Anderson era un xilf... ¿En qué te basas para

ello?

—Lo supongo nada más, pero podríamos comprobarlo.

—¿De qué manera, Toit? ¿Preguntándoselo a su viuda?

—No, ella no lo sabe. Pídele una fotografía. Será suficiente, Vic.

Stanton miró de hito en hito el estrafalario personaje, ahora que aparecía con medio cuerpo oculto tras el cuadro y apoyados los codos en la parte superior del marco.

—¿Una fotografía? —repitió.

—Sí, será suficiente para que yo pueda comprobar si Anderson era un xilf.

—¿Cómo lo averiguarás respecto de Diana Forbes?

—Cuando llegue el momento te lo diré. Tú ocúpate de traerme la fotografía, ¿estamos?

Stanton consultó su reloj.

—Hoy ya no podrá ser —dijo—. Es demasiado tarde. Iré mañana.

—Bueno, no importa. Gracias, Vic; me vuelvo a la hoguera. Ahí se está muy calentito.

Stanton vio aparecer a un indio más en el cuadro. Meneó la cabeza. En medio de todo, resultaban divertidas las repentinas transformaciones del xilf.

De pronto, llamaron a la puerta.

Dejó el vaso a un lado y aplastó el cigarrillo en un cenicero. Acto seguido, se dirigió a una mesa y presionó un botón.

La puerta se abrió automáticamente. Un hombre apareció en el umbral.

—¿Es usted el señor Stanton? —preguntó.

—Sí. ¿En qué puedo servirle, amigo?

El individuo dio dos pasos, cruzó el umbral y cerró la puerta.

—Lo siento —dijo.

Y sacó una pistola, con la que apuntó al cuerpo del detective.

Stanton reaccionó velozmente. Cuando el brazo del recién llegado se ponía horizontal, se arrojó a un lado y rodó por el suelo, esquivando así el primer balazo.

El intruso dijo algo entre dientes y tomó puntería de nuevo. Entonces, una silla se estrelló contra su cara y cayó de espaldas.

La pistola se le escapó de sus dedos. Stanton se puso en pie.

Su atacante gateaba para recobrar el arma. Stanton agarró un pesado jarrón y lo lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

El jarrón alcanzó su blanco justo cuando el intruso se revolvía para hacer un nuevo disparo. Se oyó un tremendo crujido y el jarrón se rompió en mil pedazos contra un cráneo humano.

El asesino cayó nuevamente. Entonces ocurrió algo horrible.

El cuerpo del caído perdió su forma humana.

Los ropajes estallaron por distintos puntos. Varios tentáculos, de

color amarillo grisáceo, surgieron por los lugares donde el traje se había desgarrado.

La cara del caído sufrió una espantosa transformación. Aparecieron tres ojos facetados en hilera, y una nariz-boca en forma de pico córneo de un repulsivo color rojizo oscuro, marrón en algunos puntos. Cada tentáculo estaba terminado en tres prolongaciones alargadas de tamaño doble de un dedo humano.

Stanton creyó que iba a vomitar, tal fue el asco que le produjo aquel espectáculo. ¿Aquélla era la apariencia de un mohgr?

Rehaciéndose un poco, gritó:

—¡Toit! ¡Toit...!

El xilf apareció a los pocos instantes. Vio el cuerpo caído en el suelo y lanzó una exclamación.

—¡Rayos! ¡Es un mohgr!

# CAPÍTULO IV

Toit se acercó al caído, ahora con su apariencia terrestre, y dio un par de vueltas en torno a su cuerpo.

—No hay duda, es un mohgr —dijo, después de unos minutos de atento examen.

—Y ha querido asesinarme. Disparó contra mí —se lamentó Stanton, mientras se servía una buena dosis de coñac, a fin de hacer pasar el susto.

—De modo que ha querido asesinarte —murmuró Toit—. Vic, esto se pone pero que muy feo, ¿comprendes?

—No es necesario que me lo digas. Ahora me gustaría saber cómo nos las vamos a arreglar para hacer desaparecer este horrible cuerpo.

—No te preocupes, eso queda de mi cuenta. ¿Tienes alcohol en casa?

—Un poco en el botiquín del cuarto de baño...

—No es suficiente. Ve a la farmacia y tráete un par de litros.

Stanton se estremeció.

—No pensarás incinerar esa horrible cosa aquí mismo —dijo.

Toit sonrió.

—Por supuesto que no. Anda y haz lo que te digo.

El detective obedeció. Media hora más tarde volvía a casa con un gran botellón en las manos.

Toit le oyó llegar y gritó:

—¡Estoy en la cocina, Vic! Deja el alcohol en la puerta, pero no entres.

—O. K., Toit.

El xilf apareció treinta minutos más tarde, sonriente, como si no hubiera sucedido nada.

—¿Qué has hecho con el mohgr? —preguntó Stanton.

—Si te lo cuento, tu estómago padecerá —respondió Toit—. Lo único que tienes que saber es que el mohgr ha desaparecido para siempre.

Stanton pensó en el triturador de basuras de la cocina. Toit asintió:

—Sí, por ahí se ha ido, disuelto a trozos en el alcohol. Es una sustancia funesta para los mohgrs.

—Y para vosotros —dijo el detective.

—La resistimos mejor —sonrió el xilf—. Somos una raza aún más joven que la de los mohgrs.

—No lo entiendo muy bien, pero lo aceptaré como bueno. Dime, Toit, ¿te imaginas alguna razón por la cual el mohgr quiso matarme?

—Sólo hay una, Vic.

—Dímela, te lo ruego.

—Es muy sencillo. Estás investigando el asesinato de Anderson y eso es algo que, al parecer, no gusta a los mohgrs. ¿Te parece una razón convincente?

Stanton se quedó mirando a su amigo extraterrestre durante algunos segundos. Luego dijo:

—Me estoy preguntando una cosa, Toit. Si el mohgr tenía un aspecto poco «admirable», ¿cuál será el tuyo?

—No intentes saber cosas que te quitarían el sueño durante muchos días —sonrió Toit—. Y, a propósito, no dejes de ir a ver cuanto antes a la señora Anderson.

—Descuida, lo haré mañana por la mañana. Pero una duda tortura mi mente, Toit.

—¿Puedo conocerla, Vic?

—Desde luego. Si Anderson era un xilf, ¿cómo al morir no recobró su forma original, como ha sucedido con el mohgr?

—El primer proyectil alcanzó su cerebro, con lo que la relajación de la tensión con que mantenía su forma terrestre no tuvo tiempo de producirse. Recuerda que le dispararon por detrás; ni se enteró siquiera de que era atacado.

—Y el mohgr me vio lanzarle el jarrón.

—Esa es la diferencia, Vic.

Stanton suspiró.

—Si mi pobre abuelita levantara la cabeza... —dijo, arrancando una carcajada completamente terrestre de labios de xilf.

*

—Habla el número Uno. Adelante, Treinta.

—Malas noticias, Uno. Cuarenta y Dos ha desaparecido. El terrestre objetivo sigue con vida.

El número Uno hizo un gesto de desagrado.

—Eso significa que Cuarenta y Dos ha muerto. Tenemos enfrente un enemigo más astuto de lo que pensábamos, Treinta.

—Así es, Uno.

El comandante del observatorio reflexionó unos instantes.

—Si nuestro conocimiento de las costumbres terrestres no es inútil —dijo al cabo—, el terrestre objetivo acabará relacionándose con la mujer que fue acusada falsamente de la muerte de Anderson. Es preciso acelerar ese conocimiento y atacar una vez estén reunidos los dos.

—¿Nada más, Uno?

—Eso es todo, Treinta. Confío en tu discreción para que causes la eliminación simultánea de la pareja.

—Así lo haré, Uno.

La comunicación se cortó. El número Uno volvió a establecer el contacto con otro departamento.

—¿Número Setenta? —llamó.

—Le oigo, Uno.

—Informe acerca del nuevo porcentaje de aumento de la autobomba, Setenta.

—Aumento satisfactorio, sin incremento del riesgo, Uno.

—Espléndido —dijo el comandante del observatorio—. Ganando dos horas y veinticuatro minutos cada período de veinticuatro horas, ¿cuál será el avance global por períodos fraccionarios en incremento evolutivo coordinado?

La respuesta se demoró unos segundos.

—Tres períodos de veinticuatro horas, señor. Treinta y seis en un período de una revolución anual del planeta Tierra en torno a su estrella termoluminosa.

—Excelente. En diez revoluciones, con ese incremento, ganaremos una.

—Así es, en efecto.

—Gracias, Setenta. Ahora despacho un mensaje al Sector de Investigación Científica. Vamos a ver si construimos nuevos aparatos suplementarios que nos permitan duplicar el período de avance. Eso es todo, Setenta.

—Sí, Uno

*

Stanton contempló unos momentos la fotografía y luego fijó la vista en la mujer que tenía frente a sí.

—Mil gracias, señora Anderson —dijo.

—Encuentro extraño que necesite usted una fotografía de mi difunto esposo —adujo Lisa—. Podía haber encontrado otras muchas en las revistas gráficas.

—Necesitaba una fotografía original, no reproducida por segunda vez en cualquier otra parte —contestó Stanton.

—A pesar de todo, no lo entiendo.

—Usted me dio carta blanca para resolver el caso, ¿no es cierto?

—Desde luego, pero…

Stanton guardó la fotografía en un bolsillo interior y se puso en pie.

—Tendrá la explicación en su momento, señora… —manifestó.

—A su gusto. No pretendo inmiscuirme en sus métodos, por supuesto, pero…, ¿ha averiguado ya algo acerca de la señorita Forbes?

—Estoy dando los primeros pasos en mi investigación, señora —respondió Stanton—. A veces suelo tardar, pero nunca defraudo a mis clientes.

—Así lo espero —dijo Lisa.

Stanton se dirigió hacia la puerta. En el momento de salir, se volvió hacia la dama y preguntó.

—Señora Anderson, ¿por qué está usted tan segura de que Diana Forbes es la autora de la muerte de su esposo?

El pecho de Lisa se agitó violentamente.

—Ya le expliqué mis motivos —contestó—. Creo que es una respuesta suficientemente explícita, ¿no?

Stanton hizo un gesto de duda.

—Yo no lo estimo así —dijo—, pero también respeto sus motivos. Ahora, conteste a una pregunta, por favor. ¿Qué hará usted si se demuestra concluyentemente que Diana Forbes no mató a su esposo?

—Como lo mató, esa pregunta está fuera de lugar —repuso Lisa Anderson fríamente.

*

El profesor Brunee contempló la tarjeta de visita un instante y luego miró al propietario de la misma.

—Muy bien, señor Stanton —dijo—. Usted es investigador privado. ¿En qué puedo servirle?

Stanton se hallaba delante de un individuo de unos sesenta años de edad temporal, pero que aparentaba quince menos. Brunee conservaba todo su pelo y tenía un aspecto de robustez y fuerza física realmente impresionantes.

—Usted es geólogo de fama —habló al cabo—. Ayer vino una joven a visitarle. Su nombre es Diana Forbes.

—No creo que mis relaciones con la señorita Forbes sean motivo de su interés, señor Stanton —respondió Brunee con glacial acento.

—Se equivoca, profesor. ¿Por qué, si no, piensa que estoy aquí? Le diré una cosa: todo lo que me cuente quedará dentro de la más estricta reserva profesional.

Brunee vaciló un momento. Luego contestó:

—Está bien, le diré algo, no todo, porque, además, no lo entendería. La señorita Forbes me hizo un donativo de un millón de dólares para investigaciones científicas relacionadas con mi especialidad.

Stanton se quedó con la boca abierta.

—¡Un mill...! —y de pronto, recordó los datos que le había facilitado Lisa Anderson—. Extraño comportamiento el de Diana Forbes, ¿no cree?

Brunee se encogió de hombros.

—Es una muchacha muy filantrópica —contestó.

—Desde luego, se necesita tener espíritu filantrópico para regalar un millón, aunque sea en interés de la ciencia. Una última pregunta, profesor.

—Diga, señor Stanton.

—¿Solicitó usted en alguna ocasión ese dinero al difunto señor Anderson?

—Por supuesto, pero, con buenas palabras, me envió al diablo.

Stanton hizo un gesto con la cabeza.

—Eso es todo, profesor. Muchas gracias.

—Adiós, señor Stanton.

*

Cuando llegó a su casa, Stanton encontró al xilf trabajando en un extraño artefacto que parecía una mezcla de picadora de carne con un organillo de mano.

Toit tenía una gran mesa llena de extraños artefactos y piezas, con las cuales parecía estar construyendo aquel rarísimo aparato, cuyo objeto no se le alcanzaba al investigador en absoluto.

—¿Qué diablos haces ahí, Toit? —preguntó, lleno de asombro.

—No te preocupes, Vic. ¿Traes la fotografía de Anderson?

—Por supuesto. Está tomada por una cámara de relevado instantáneo, así que no cabe la posibilidad de duplicidad en la copia de la imagen.

—¡Magnífico! Aunque has tardado demasiado, Vic. ¿Qué diablos has estado haciendo?

—Oye, Toit, ¿en qué crees tú que trabajo yo para ganarme la vida? Tenía otras cosas más interesantes que hacer también, ¿comprendes?

—Está bien, está bien, dame la fotografía y no te enojes —dijo el xilf en tono conciliador.

—¿Tendré que llamarte al orden? —gruñó Stanton malhumoradamente—. Si mal no recuerdo, tú eres el criado y yo el amo. ¿O fue una fantasía mía?

—Es la realidad, pero, aunque no te lo creas, esto que hago es en tu propio beneficio. Por cierto, has tenido una llamada.

—¿Sí? ¿Quién era, Toit?

—Una agraciada joven llamada Diana Forbes. Te espera a las tres de la tarde, Vic.

Stanton se quedó sin habla un momento. Luego, dubitativo, preguntó:

—¿Seguro que era ella, Toit?

—Segurísimo. He podido ver su cara a través del fonovisor.

—Comprendo —murmuró Stanton—. ¿Para qué querrá verme esa muchacha?

—No lo sé, pero yo, en tu lugar, iría prevenido... —aconsejó el xilf —. Te acompañaría, Vic, créeme, pero yo tengo un trabajó enorme y no puedo descuidarlo un segundo.

—Tendré cuidado —dijo el investigador—. Toit, por favor, ¿qué objeto tiene ese aparato que estás construyendo?

—Uno muy simple, a pesar de su aparente complicación, Vic —contestó Toit—. Comprobar, sencillamente, si Anderson era o no un xilf.

# CAPÍTULO V

Después de haber madurado un plan de aproximación, Stanton decidió llegar a la residencia de Diana Forbes por la terraza. Aquella llamada podía ser una encerrona y no tenía ganas de pasar un mal rato.

Un helitaxi le dejó en la terraza del enorme edificio, que se alzaba a más de seiscientos metros sobre el suelo. Diana residía a cuarenta metros de la terraza, en uno de los pisos más altos.

El ascensor le dejó en la planta inmediatamente superior a la de la muchacha. Stanton salió al pasillo y se dirigió hacia una puertecita estrecha situada en uno de los extremos del mismo.

Con una ganzúa especial, abrió la puertecita y se encontró en un tubo vertical, con peldaños de hierro adosados. Cerró la puerta y emprendió el descenso hasta llegar al rellano del piso inferior.

A derecha e izquierda de él y también al frente y a su espalda, había otros tubos análogos, de trazado horizontal. Eran los conductos de aireación del edificio.

Stanton eligió el camino adecuado. A gatas, recorrió un trecho de unos cuarenta metros, hasta alcanzar una rejilla de metal, que le permitió ver una cocina.

Tanteó la rejilla. Estaba sujeta con unas presillas por la parte interior. Después de aflojarlas, quitó la rejilla y la dejó dentro del tubo. Acto seguido se dejó caer silenciosamente al interior de la cocina.

Escuchó un momento. No se oía el menor ruido.

Consultó su reloj. Diana Forbes no se quejaría de su puntualidad. Faltaba un minuto para las tres.

Avanzó paso a paso hacia la puerta y abrió una rendija de un centímetro. Entonces llegó una voz a sus tímpanos.

—Van a dar las tres. El detective está a punto de llegar.

Nadie contestó a aquellas palabras. Stanton movió ligeramente la cabeza y pudo divisar a Diana sentada negligentemente en un diván, con una pistola en la mano.

La pistola tenía una forma rara, sobre todo en el cañón, que parecía compuesto de discos pegados en fila. El tamaño era superior a lo normal.

Stanton apretó los labios. El xilf había tenido razón. Se trataba de una encerrona.

—Y cuando llegue —siguió Diana, con burlona sonrisa—, usted y él se irán al infierno, que dicen en este planeta.

—Aunque nos mate a los dos, no conseguirá nada. Otros

continuarán nuestra tarea y evitarán el crimen que pretenden cometer.

Stanton creyó desmayarse.

¿Había dos Dianas?

Las voces sonaban de una manera absolutamente igual, si bien con tonos algo distintos: cínica la una, enérgica, aunque resignada, la otra.

—Con este crimen, como usted lo llama, nuestra raza conseguirá sobrevivir.

—A costa de diez mil millones de seres humanos.

—La vida de uno de nosotros vale más que todos esos seres inferiores —contestó Diana despectivamente—. ¿Qué le pasa al investigador? —exclamó de pronto—. Tarda demasiado.

—Usted hizo la llamada, es todo lo que puedo decirle.

Stanton creyó entender. Abrió un centímetro más y pudo ver a Diana Forbes sentada frente a la que sostenía la pistola.

El parecido era fantástico. Ni siquiera dos hermanas gemelas habrían sido tan semejantes. Daba la sensación de que las dos mujeres habían sido vaciadas en un mismo molde y vestidas luego con una indumentaria exactamente igual.

Stanton inspiró con fuerza. Ahora ya sabía la verdad..., pero estaba armado con un arma infalible.

Abrió la puerta de golpe y exclamó:

—¿Me buscaba, Diana Forbes?

*

Sonaron dos gritos de tonos distintos. Uno era de alarma; de alegría el otro.

—Sí, le buscaba, Vic Stanton —contestó la Diana armada.

Y levantó la mano, apuntando con aquella extraña pistola al detective.

Pero Stanton no se dejó sorprender. Al mismo tiempo que hablaba, sacó una pistola de largo cañón, cuyo gatillo apretó apenas había terminado de hablar la Diana armada.

Un largo chorro de líquido, de un olor peculiar, brotó del arma. El chorro llegó directamente a la cara de Diana, de cuyos labios se escapó un tremendo grito.

La pistola cayó de sus manos. El grito se transformó en un alarido espeluznante, semejante al ulular de una sirena que resonase en las entrañas de la tierra.

Diana perdió su forma. Sus ropajes estallaron. Su esbelta anatomía se convirtió en un tronco alargado del que brotaban varios repugnantes tentáculos, que se agitaban convulsivamente. Stanton apretó el gatillo de nuevo y roció al mohgr con aquel líquido por segunda vez.

El ser extraterrestre dio un salto convulsivo que le llevó hasta casi

el techo. Luego cayó de bruces al suelo, se agitó un poco y acabó por quedarse quieto.

Un profundo silencio sucedió a continuación. Stanton y Diana intercambiaron una mirada.

Ella dio un paso hacia el investigador. Stanton alargó la mano izquierda.

—Quieta —ordenó secamente.

Diana se paró en el acto.

—Estire el brazo —pidió Stanton.

Ella obedeció. La blusa sin mangas que cubría su torso dejaba al aire brazos y espaldas.

Stanton lanzó una descarga de líquido al brazo. No ocurrió nada. El aspecto de Diana Forbes continuó siendo el mismo.

—¿Por qué hace eso? —preguntó la joven, extrañada.

Stanton sonrió.

—Vaya al baño y séquese —dijo—. Cuando vuelva, traiga una manta, por favor.

Momentos más tarde, el cuerpo del mohgr quedaba oculto a la vista de los terrestres. Stanton había localizado una botella y copas y llenó dos, entregando una a la joven.

—El alcohol no la perjudica —dijo—. Usted es terrestre legítima.

—¿Lo había dudado, señor Stanton?

—Quise prevenirme, eso es todo. Alguien desconfió de la llamada y me puso en guardia.

—Su criado personal, ¿no?

—En efecto.

Los colores volvían a la cara de Diana.

—Todavía no he salido de mi asombro —confesó la muchacha—. La capacidad transformativa de esos seres extraterrestres es algo increíble. Para mí, era como una especie de pesadilla. Me parecía estar hablando conmigo misma.

—Comprendo —sonrió Stanton—. Sí, era un extraño espectáculo ver a dos Diana Forbes hablándose frente a frente.

—¿Cómo supo que ella era la falsa?

—Estuve escuchando un rato antes de intervenir.

—¿Qué hubiera pasado si el alcohol no descubre la verdadera personalidad del extraterrestre?

—También tengo una pistola normal, con balas.

—No descuida precaución, a lo que veo.

—No me conviene en absoluto, dado mi oficio.

—Hay algo que no entiendo. ¿Cómo sabía el mohgr que usted acudiría a mi llamada (en realidad fue él quien llamó), si usted y yo no hemos tenido jamás la menor relación?

—Ahora estamos relacionados, señorita Forbes. El motivo de

nuestra relación es un crimen del cual fue usted declarada inocente.

Diana se puso rígida.

—Apreciaba muchísimo al señor Anderson —declaró—. Mi afecto era completamente honesto y puedo jurarle que no fui yo quien lo mató.

*

—Esos extraterrestres, los mohgrs, están en nuestro planeta con un fin que desconozco —manifestó Stanton—. Uno de ellos ya quiso matarme. Debe de haber más y calcularon, imagino, que yo acabaría visitándola a usted. Sencillamente, anticiparon esa toma de contacto para eliminamos a los dos.

Diana se estremeció.

—Es horrible —murmuró—. De modo que la señora Anderson sigue creyendo que fui yo quien mató a su esposo.

—En efecto, y desde su punto de vista, no le faltan razones para creerlo.

—Es una calumnia —exclamó Diana, con el pecho palpitante de indignación—. Ni yo maté a su esposo, ni tengo la menor idea de quién lo hizo.

—Pero el señor Anderson dio orden a sus abogados de que le entregaran a usted un millón de dólares.

—En efecto; y he recibido esa suma.

—La cual, inmediatamente, ha pasado a poder del profesor Brunee.

Diana se asombró.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Ayer estuvo usted a visitar al profesor. Hoy he ido yo. Brunee ha admitido que usted le entregó un cheque por valor de un millón de dólares, con destino, según él, a investigaciones geológicas.

—Es cierto —admitió la joven sin pestañear.

—Óigame, señorita Forbes. Usted es joven y hermosa. No dudo de sus sentimientos filantrópicos…, pero la muerte de Anderson la dejó sin empleo. Resulta extraño que se desembarace así, tan tranquilamente de nada menos que de un millón de dólares.

—En mi caso, no me faltan motivos —contestó la joven.

—¿Cuáles son? ¿Puede explicármelos?

—¿Me creerá usted?

Stanton sonrió.

—En estos días, he visto tantas y tan extrañas cosas, que estoy dispuesto a creerme la fábula más disparatada —contestó.

—Está bien. A pesar de todo, estimo que le parecerá increíble.

—Hable y yo juzgaré si debo creerlo o no —contestó el investigador.

—De acuerdo. Los mohgrs han construido un artefacto, situado bajo

el subsuelo de la Tierra, al cual ellos designan con el nombre de autobomba…

—¡Cómo! —respingó Stanton—. ¿Una bomba automóvil, como las de los bomberos?

—No, hombre. Espere y tendrá la explicación. Es un artefacto que en sí, es una fábrica que se construye a sí misma, aprovechando las materias primas del subsuelo y construyéndose ella misma las piezas que necesita. Por supuesto, tiene su propia central de energía, que es la que le proporciona la fuerza motriz necesaria para todas las operaciones de transformación. Trabaja constantemente y crece día a día, sin parar ni un solo minuto.

Stanton se hallaba pasmado,

—Pero… si eso es cierto, debería llamarse autofábrica, porque se fabrica a sí misma, en lugar de autobomba.

—Señor Stanton, use la inteligencia. La fábrica, en realidad es una bomba, que crece día a día. Cuando llegue a un tamaño determinado, explotará por sí misma, por eso se llama autobomba.

—¡Rayos! ¡Menudo estruendo se armará! —exclamó el detective.

Diana meneó la cabeza lentamente.

—Dudo mucho que lleguemos a orlo —dijo con solemne acento—, porque cuando esa bomba estalle, la Tierra saltará en mil pedazos y todos sus habitantes perecerán instantáneamente.

# CAPÍTULO VI

Stanton creía soñar.

Diana hablaba muy seriamente. Después de haber visto las cosas de que un sujeto como Toit era capaz de hacer, después de haber visto transformarse a los mohgrs, cualquier cosa era posible para el investigador.

Para distraer un poco su aturdimiento, llamó a Toit. El xilf protestó, pero Stanton le hizo callar. Tenía que deshacerse del cuerpo del mohgr muerto.

Toit prometió acudir cuanto antes. Luego, Stanton hizo a la joven una pregunta lógica en tales circunstancias.

—¿Cómo se enteró usted de la existencia de la autobomba?

—Me lo confesó el señor Anderson, pocos días antes de su muerte. Lo que no he llegado a saber es cómo adquirió él la transformación.

—¿Y le creyó usted?

—En un principio, pensé que se trataba de una broma. El señor Anderson tenía un humor excelente y aunque era serio y formal para sus negocios, no era de los que tienen constantemente un látigo en la mano.

—Comprendo —dijo Stanton—. Anderson lo averiguó, aunque ignoramos el origen de su información. Usted era su secretaria personal, creo.

—Si, desde luego.

—En ese caso recordará a los últimos visitantes de su patrón. Trate de hacer memoria sobre alguno que le parezca ahora sospechoso, a la luz; de los últimos acontecimientos.

Diana reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—La única persona que se me ocurre es una tal Anita Korr.

—¿Quién es esa mujer?

—Lo ignoro. Solicitó una entrevista en el antedespacho y la muchacha que trabajaba allí me la pasó a mí. Consulté con el señor Anderson y él la hizo entrar inmediatamente en su despacho.

—¿Mujer de negocios?

—No comerciales, precisamente —contestó Diana con toda intención.

—Tenía el aspecto de... Vamos, me entiende, ¿no?

—Efectivamente, señor Stanton.

—Bien, dígame por qué sospecha de ella.

—No sé cómo expresarme. Es una mujer guapa, vistosa, pero nada refinada. Cuando la atendí, quiso soltar una risita de condescendencia, pero le salió un gallo horrible. Se disculpó, diciendo que estaba muy

acatarrada… y eso es todo lo que recuerdo.

—¿Le habló Anderson a usted de la entrevista con Anita Korr?

—No, en absoluto; ni siquiera me lo mencionó en los pocos días que vivió después de aquel incidente.

—Recordará usted el domicilio de la Korr.

—Por supuesto. ¿Piensa ir a visitarla?

—No estará de más —murmuró él pensativamente—. ¿Recuerda si iba perfumada?

—Con exceso, diría yo, aunque no se puede decir que usara *Chanel n.° 5*

—Perfume barato, vamos.

—Más que barato, estridente.

—Comprendo. Señorita Forbes, voy a darle un consejo.

—Sí, señor Stanton.

—Cómprese inmediatamente una pistola de agua, pero cárguela con alcohol. Ignoro por qué este líquido afecta tanto a los mohgrs, pero no podemos dejar de tener en cuenta esta circunstancia. A la menor sospecha, dispare un chorro del alcohol a la persona que le parezca pueda tener intenciones hostiles contra usted. Si no es un mohgr…, tiempo tendrá de disculparse, ¿comprende?

—Lo haré hoy mismo —prometió la muchacha.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Stanton se encargó de abrir. La figura del xilf apareció ante sus ojos.

—Has venido pronto, Toit —dijo.

El xilf sonrió.

—Me transformé en caballo —contestó—. Tendrías que haber visto las caras de la gente cuando me veía a todo galope por las calles.

—Tuvo que ser divertido, en efecto. Toit, te presento a Diana Forbes. Señorita, este es Toit, mi criado.

—Encantada —dijo Diana.

—Es un placer, señorita —saludó Toit. Y preguntó—: ¿Dónde está el mohgr?

Stanton le señaló la manta.

—Ahí lo tienes —contestó.

—Bien, me lo llevaré a la cocina —dijo Toit con indiferencia—. Como la otra vez, tendrás que traerme alcohol, Vic.

—De acuerdo, Toit.

*

—El número Treinta ha sido eliminado, número Uno. Uno.

—Tenemos unos enemigos muy inteligentes —dijo preocupadamente el comandante del observatorio—. ¿Cómo se produjo la eliminación, número Noventa?

—Por medio de un líquido que afecta a la tensión morfológica,

relajándola instantáneamente. Para los humanos, en pequeñas dosis, no es perjudicial, e incluso lo utilizan como desinfectante. Lo beben, mezclado o con otras sustancias aromáticas y sólo si se exceden sufren trastornos que, no obstante, ceden a las pocas horas. También hay quienes se habitúan a su ingestión y mueren intoxicados con el tiempo, pero son los menos y se necesitan largos años para que se produzca la muerte.

—Está bien —dijo el número Uno—. Ordene a todos los agentes que se cubran con una protección adecuada, impermeable al líquido pernicioso. Transmítala en el acto y que se cumplimente sin demora.

—Bien, Uno, así se hará.

La comunicación se cortó. El número Uno llamó a otro departamento del observatorio.

—Orden de aceleración absoluta de los procesos de transformación de materias primas que alimentan la autobomba —dijo—. Evitando los riesgos innecesarios, la autobomba deberá ponerse en estado de funcionamiento en el plazo más corto posible.

—Número Uno, si hacemos eso, la fragmentación del planeta se hará incompletamente.

—Pero se recuperará.

—Por supuesto, aunque en unos fragmentos gigantescos; quince o veinte, todo lo más.

—No importa. Si eso sucediera, y debe suceder, los habitantes de la Tierra morirían y entonces no tendríamos ya obstáculos para proceder a una posterior fragmentación total, hasta que esos restos quedasen convertidos en polvillos cósmicos.

—Tendríamos que planear después más autobombas, Uno.

—Lo haremos. Entonces nos sobrará tiempo y nadie podrá estorbarnos.

—Eso sí es cierto. Empezaremos la tarea inmediatamente, Uno.

*

Stanton aguardó unos momentos después de que hubo llamado a la puerta. Al fin, alguien abrió desde el interior y le miró especulativamente.

—Usted dirá —habló Anita Korr con voz lánguida.

—Mi nombre es Vic Stanton —se presentó el investigador—. Deseo hablar con usted.

Anita vaciló un instante. Luego se echó a un lado.

—Pase —dijo lacónicamente

Era una mujer alta, de formas opulentas, pero basta, tal como había dicho Diana Forbes. Su pelo era estridentemente rubio y encima de su cara había una espesa capa de maquillaje.

—¿De qué se trata? —preguntó Anita, sentada en un diván,

mientras cruzaba las piernas provocativamente.

—De la visita que hizo usted a Raymond Anderson pocos días antes de su muerte, señorita Korr —contestó el detective.

—Ah, sí. —Anita empezó a mirarse las uñas con indiferencia—. El difunto y yo éramos muy amigos, pero no me pida más detalles. Hay cosas de las que una dama no debe hablar, señor Stanton.

—Comprendo. Eran amigos, pero... ¿por qué fue a verle?

Anita sonrió burlonamente.

—Negocios —contestó.

—¿Qué clase de negocios?

Ella frotó el índice y el pulgar.

—Una petición de fondos. Necesitaba dinero.

—¿Y se lo dio?

—Bueno...

—Me gustaría creerla, señorita Korr.

Anita se encogió de hombros.

—Me es indiferente que me crea o no —repuso—. ¿Era esto todo lo que quería saber?

—No. Todavía falta un poco. ¿Se le ha curado ya el catarro?

—¿Qué catarro? —preguntó ella, sorprendida.

—Cuando estuvo a visitar a Anderson, en el momento de despedirse, usted soltó una risita, pero soltó un gallo horroroso, y se disculpó ante la secretaria, diciendo que estaba acatarrada.

Los ojos de Anita chispearon de un modo singular.

Stanton se percató en aquel momento de un detalle. La piel de la mujer brillaba extrañamente. Su vestimenta era muy sucinta, lo que permitía ver generosas porciones de su exuberante anatomía. No había ni un solo centímetro cuadrado de piel que no brillase.

A Stanton le recordó la película de plástico que envuelve las frutas para una conservación indefinida. ¿Usaba Anita algo semejante?

Una súbita idea se le ocurrió en aquel momento. Fingiendo naturalidad, preguntó a la dueña del piso si podía fumar.

—Por supuesto —accedió Anita.

Stanton metió la mano en el interior de su blusa y la sacó armado con la pistola que disparaba chorros de líquido. Una dosis de alcohol puro fue a parar al amplio escote de la mujer.

—¡Eh! ¿Qué hace usted? —exclamó Anita coléricamente—. ¿Se ha vuelto loco? ¡Salga de mi casa en el acto o llamaré a la policía!

Stanton se dijo que lo mejor era emprender una prudente retirada. Tal vez aquella capa brillante no era sino una crema de belleza para la piel. Murmurando confusas disculpas, guardó la pistola y, corrido como una mona, abandonó el piso.

*

—No ha dado resultado, Toit.

El xilf no contestó. Estaba muy atareado dando los últimos toques a su aparato.

—¡He dicho que no ha dado resultado! —gritó Stanton.

Toit se sobresaltó.

—¿Eh? Ah, ¿qué decías? Sí, ya recuerdo. No ha dado resultado. No ha dado resultado… ¿qué es lo que no ha dado resultado, Vic?

—Un chorro de alcohol lanzado al escote de Anita Korr.

—¡Qué descarado! —rio el xilf—. ¿Y por qué había de dar resultado, Vic?

—Si ella hubiera resultado ser una mohgr, el alcohol habría hecho perder su forma en el acto, ¿no es así?

—Claro, pero tienes que tener en cuenta una cosa, Vic —dijo Toit sin abandonar su trabajo.

—¿Qué es? —preguntó el investigador.

—Muy sencillo. Los mohgrs no son tontos.

—Eso ya lo sé yo —contestó Stanton malhumoradamente.

—Además, ¿quién te ha dicho que la Korr es un mohgr? ¡Oye —exclamó Toit riendo a mandíbula batiente—, si hablo en verso y todo! Qué bonita letra para una canción moderna, ¿verdad? «La Korr es una mohgr, que ríe con buen humor y a nadie niega un favor». ¿Eh, qué te parece?

—Digna de la horca —refunfuñó Stanton—. Se me ocurrió que ella podía ser un mohgr porque quiso reír una vez y soltó un terrible graznido. Tal vez se relajó la tensión de sus cuerdas vocales ¿Cómo tienen la voz los mohgrs?

—Horrible, en efecto, y parece un graznido. Es posible que, en efecto, Anita sea un mohgr.

—Pero entonces, ¿cómo diablos no le afectó el alcohol?

—Ya te he dicho antes que no son tontos.

—Sí. ¿Qué más?

—Oye, cuando llueve, ¿no te pones tú un impermeable?

—Pues claro que sí… ¡Toit, el brillo de su piel! —chilló Stanton—. ¡Ahora usan una película transparente que les hace inmunes al alcohol!

—Di mejor que llevan un impermeable, Vic. Inmunes no lo son en modo alguno, si se sabe cómo tratarlos.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea, Toit? —preguntó Stanton esperanzadamente.

El xilf suspendió su tarea de pronto y lanzó el destornillador a un lado.

—Ya está —exclamó.

—Ya está, ¿qué, Toit?

—El aparato va a permitirnos comprobar si Anderson era o no un

xilf.

—Toit, ¿es que tú no sabes reconocer a los de tu especie aunque estén «disfrazados»?

—Si no hubieras visto la pistola en manos de la otra Diana Forbes, ¿no habrías creído que el mohgr que había tomado su forma no era la auténtica Diana? Pero hay un procedimiento infalible, Vic.

—Explícate, Toit —pidió Stanton.

Toit sacó la fotografía de Anderson y la colocó en uno de los extremos del aparato, que ahora parecía una gran ampliadora fotográfica. Mientras conectaba la máquina a la corriente, dijo:

—Debes saber, apreciado patrón, que nosotros, los xilfs, despedimos una ligerísima radiación corporal, imperceptible por los medios comunes y que no se puede captar tampoco con la vista. Pero en cambio, esa radiación se fija en vuestras placas fotográficas, quedando como una especie de halo o aureola en torno a la figura retratada, si es la de un xilf. En oscuro en el negativo, por supuesto, y más claro en el positivo.

—Y este trasto hará aparecer el halo.

—En efecto.

Toit dio el contacto. La fotografía de Anderson continuó normal, sin la menor alteración.

El xilf no se inmutó.

—No, evidentemente, Anderson no era un xilf —diagnosticó.

—Pero, entonces, ¿cómo demonios conocía la existencia de la autobomba? —exclamó Stanton.

Toit bostezó.

—Con esta figura, estoy sujeto a vuestras debilidades físicas. Tengo hambre y sueño, sí así que mañana nos dirá Anita Korr todo lo que hoy no ha querido decirte a ti —contestó.

# CAPÍTULO VII

—Se ve que Anita debe de ganar mucho dinero —comentó Stanton, mientras contemplaba la lujosa residencia, situada en el centro de un ameno jardín, adornado con una piscina y profusión de grandes árboles.

Toit soltó una risita.

—¿Ganar dinero? No seas ingenuo. Lo fabrica, sencillamente. Como yo, Vic. Mira....

Toit hizo un gesto con la mano. Dos billetes de cien dólares aparecieron instantáneamente.

Stanto se alarmó.

—¡Toit! ¡Esconde eso inmediatamente! ¿Quieres que te atrapen y acabes con veinte años de condena sobre tus costillas?

—Hombre, era sólo una demostración de mis habilidades...

—En este planeta, hay habilidades que no se pueden realizar, so pena de acabar mal —gruñó el detective.

Los billetes desaparecieron. Suavizó su gesto, Stanton quiso saber cómo había realizado Toit el truco.

—Oh —contestó el xilf con acento intrascendente—. No había tales billetes, como puedes suponer; ni tampoco transformé dos pedazos de papel, sobre los que no tendría control polimórfico. Eran... prolongaciones de mi organismo.

—Claro, ¿pero qué hubiera pasado si hubieses tenido que pagar dinero?

—«Fabriqué» los billetes con trozos sobrantes de mi cuerpo. ¿No te sobran a ti en ocasiones las uñas y el pelo?

—Tienes respuesta para todo —refunfuñó Stanton—. Vamos.

Se acercaron a la casa, pero, en aquel momento, vieron un automóvil que se detenía. Una esbelta joven se apeó del vehículo, dio dos pasos hacia la entrada del jardín y luego, al ver a la pareja, se detuvo en seco.

—¡Vaya! —dijo el xilf—. ¡Mira quién está ahí, Vic!

Stanton se acercó a la joven.

—¿Qué hace usted aquí, señorita Forbes? —preguntó.

—Tengo la impresión que los motivos de haber venido a esta casa no son muy distintos de los suyos —respondió Diana—. ¿Me equivoco, señor Stanton?

—No, en absoluto. ¿Qué espera conseguir aquí?

—El nombre del asesino del señor Anderson.

Stanton y Diana se miraron todavía un segundo, mientras el xilf esperaba pacientemente a un lado. Al cabo, Stanton dijo.

—Bien, vamos.

Avanzaron hacia la casa, cuyas ventanas se veían iluminadas. De repente, Stanton concibió una idea:

—Toit, ve por la trasera. Es preciso impedir que Anita pueda escapar.

—De acuerdo.

Toit se convirtió en un furioso torbellino que en un segundo ganó la parte posterior de la casa. En aquel momento, alguien miró a través de una ventana.

Anita divisó a la pareja y echó a correr hacia la puerta trasera. La abrió y se encontró de manos a boca con el xilf.

Inmediatamente, dio media vuelta y trató de escapar por otro lado. En el mismo momento, algo se enroscó en sus piernas y la hizo caer al suelo.

—¡Suélteme! —chilló.

Toit rio con fuerza. Había lanzado una prolongación de su cuerpo en forma de soga rematada en un lazo y la mujer estaba ahora en su poder.

—Vamos, preciosa, levántate —ordenó.

Anita obedeció, con la furia retratada en el semblante. Empujada por Toit, cuyas fuerzas, a pesar de su apariencia más bien corriente, eran considerables, caminó hacia la parte delantera.

Toit abrió la puerta y señaló con la mano a la dueña de la residencia:

—¡La prisionera está servida!

Stanton y Diana entraron en la casa. El detective contempló con admiración a Toit, cuya mano izquierda sostenía el lazo que ahora ceñía el cuerpo de Anita, a la vez que le sujetaba los brazos.

—Ha sido una buena labor, Toit —elogió.

—El señor es muy bueno conmigo —respondió Toit con fingido tono de respetuoso mayordomo.

Acto seguido, Stanton se encaró con Anita.

—No pretendemos hacerle daño, señorita, créanos; lo único que queremos es que nos diga una cosa.

—Concretamente, el lugar donde ustedes, los mohgrs, han situado su autobomba —añadió Diana.

Los ojos de Anita brillaron con furia poco disimulada.

—No entiendo absolutamente de lo que me están hablando —contestó.

El dedo índice de Toit resbaló por la piel de uno de sus brazos.

—Está protegida, Vic —informó.

—Muy bien —contestó el detective—. En ese caso, no nos queda otro remedio que actuar. ¿Tienes preparado el disolvente?

—¿Qué es lo que van a hacer conmigo? —chilló Anita.

—Usted es un mohgr —acusó Stanton implacable—. El alcohol es perniciosísimo para los individuos de su raza y por eso han aprendido a proteger su cuerpo con una película impermeable. Bien, después de lo que he dicho, ¿no se imagina el resto?

Anita se debatió furiosamente. Empeño inútil; el lazo del xilf la mantenía perfectamente sujeta al sillón.

Toit dijo:

—Vic, estaba pensando...

—¿Sí, Toit?

—El disolvente no es seguro. Tengo otra idea mejor. Una simple cuchilla de afeitar.

—Yo buscaré en el baño —se ofreció Diana.

La muchacha regresó momento después con una cuchillita en la mano. Toit la tomó con dos dedos y luego, pellizcando un poco de carne del hombro de la prisionera, hizo una incisión de medio milímetro de profundidad, por cuatro o cinco centímetros de longitud.

Acto seguido, tiró un poco y despegó de la piel de Anita una película completamente transparente, de unos treinta o cuarenta centímetros cuadrados. La cara de la mujer estaba completamente gris.

—Es un mohgrs —confirmó Toit.

Tranquilamente, Stanton sacó su pistola cargada con alcohol y acercó la boca del cañón a la carne desnuda.

—¿Hablamos? —dijo fríamente.

Anita titubeó. Diana se encaró con ella.

—¿Tan mal le va en este planeta? —preguntó—. Los terrestres tenemos nuestros defectos, desde luego, pero no se vive tan mal como para querer destruirlo.

—Sería cosa de hacer estudios con objeto de evitar que el alcohol dañara su organismo —terció el xilf—. Entonces, podría conservar indefinidamente su figura, Anita.

—Usted tiene la figura de una mujer guapa. Podría vivir en la Tierra tan ricamente... y no me diga que no tiene experiencia —agregó Stanton.

—Me convertiría en traidora a los míos —declaró Anita hoscamente.

—Pero salvaría las vidas de miles de millones de seres que no les han causados el menor daño.

—Los mohgrs tienen que sobrevivir —insistió la prisionera.

—¿Acaso no pueden coexistir con nosotros?

—La tensión para mantener nuestra figura humana, acaba fatigándonos extraordinariamente y, además, acorta mucho nuestro promedio de vida. Hay que tener en cuenta que no sólo ejercemos tensión para tener figura humana, sino para vivir en una atmósfera

que, en nuestra figura ordinaria, nos es hostil.

—Vaya, eso no lo sabía yo —murmuró Stanton, admirado.

Anita continuó:

—Un mohgr puede vivir varias horas en esta atmósfera, sin protección de ninguna clase, pero acaba sucumbiendo. Ahora, la tensión que mi mente ejerce sobre mi cuerpo, afecta también al sistema respiratorio y le obliga a actuar de manera que pueda utilizar sin perjuicio la atmósfera terrestre. De otro modo, tendría que usar escafandra continuamente.

—Bien —intervino el xilf—, pero hay métodos que podrían permitir una relajación de su mente sin por ello perder ninguna de las cualidades de su organismo humano. Ciertamente, creo que acabaría convirtiéndola definitivamente en una terrestre... y hasta acabaría tomando un par de copas de cuando en cuando.

—¿Usted cree? —preguntó Anita esperanzadamente.

El xilf sonrió.

—Incluso podría repararla un poco —dijo—. En su figura actual, resulta demasiado... curvilínea, un poco basta, ¿comprende?

Hubo una pausa de silencio.

Stanton y Diana contemplaban ávidamente al mohgr.

¿Cedería?

*

Para Stanton, había dos cosas que era preciso averiguar, pero una de ellas con urgencia: el emplazamiento de la autobomba que amenazaba con hacer saltar el planeta en mil pedazos.

La otra cosa que ignoraba era el medio empleado por los mohgrs para llegar a la Tierra, pero era algo que podía esperar perfectamente.

—Y bien —dijo Diana—, ¿dónde está la autobomba?

Anita se mordió los labios. Era evidente que todavía no se resolvía a hablar.

—¿Teme represalias? —preguntó el detective.

—Nosotros la protegeremos —aseguró Toit.

Anita miró al xilf.

—¿Me garantiza una transformación definitiva? —preguntó.

—No será fácil, pero creo que lo conseguiré. Y no lo haré tampoco en veinticuatro horas. De todos modos, acabaré por lograrlo.

—Le creo —dijo Anita confiadamente—. Está bien, para llegar a la autobomba es preciso ir...

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Las tres detonaciones sonaron muy juntas. La cabeza de Anita osciló violentamente, despidiendo chorros de sangre por las sienes perforadas por los proyectiles.

Diana chilló agudamente. Stanton, reaccionando con rapidez,

agarró su brazo y tiró de ella, lanzándola al suelo.

El xilf se alejó de un salto al otro lado de la estancia. El revólver que empuñaba una mano enguantada, que asomaba por una de las ventanas, continuó haciendo fuego hasta agotar las municiones.

Anita se derrumbó pesadamente al suelo. Stanton se levantó y corrió hacia la ventana, divisando a una mujer que huía a la carrera hacia un automóvil parado al borde de la acera.

El detective maldijo entre dientes. Antes de que pudiera realizar alguna acción efectiva, la mujer subió a su coche, arrancó y desapareció de aquel lugar en contados segundos.

## CAPÍTULO VIII

—Tenemos que irnos de aquí —dijo Stanton—. Los disparos han armado demasiado ruido.

—¿Pudiste ver la cara del asesino? —preguntó Toit.

—Era una mujer —contestó el detective.

—¡Caramba! —exclamó Toit—. Una noticia sorprendente.

Stanton agarró la mano de Diana, que aparecía lívida, a causa del susto recibido.

—Vámonos, pronto.

Echaron a correr hacia la puerta y salieron al jardín. A lo lejos, se escuchaba ya el inconfundible sonido de una sirena policial.

—Mi coche —dijo Diana.

Stanton se volvió hacia el xilf.

—Usa tú el mío. Yo voy a acompañar a Diana.

—Está bien.

Stanton se sentó tras los mandos. Inmediatamente, lanzó un grito de rabia:

—¡Han destrozado el sistema de conexión de energía radiante!

Diana se disponía a sentarse en aquel momento y se enderezó, terriblemente asustada.

—Nos atraparán...

—Eso es lo de menos —gruñó él—. Lo que me interesaba era seguir a la asesina.

—Mire —exclamó ella de pronto—, ahí viene Toit.

El xilf retrocedía a la carrera. Stanton salió a su encuentro.

—Tu automóvil no funciona —informó Toit llanamente.

—Lo mismo le sucede al de Diana. La asesina obró con astucia —dijo Stanton.

—¿Qué haremos ahora —se lamentó Diana.

El sonido de la sirena estaba cada vez más cerca. De repente, un automóvil policial apareció por una bocacalle cercana y rodó a gran velocidad hacia la acera.

—Toit, ¿no se te ocurre ninguna idea para salir de este atolladero? —preguntó el detective.

—Sí. Espera un momento.

El xilf se transformó en un caballo negro enfurecido, que empezó a dar saltos y corvetas, a la vez que relinchaba estruendosamente. Los policías, que acababan de salir de su coche, se quedaron estupefactos.

—¡Sujétalo! —gritó uno.

—Es un caballo sin domar —dijo el otro.

Para Stanton, la escena habría sido cómica, de no mediar un asesinato. Los policías, con las pistolas en la mano, hacían esfuerzos

desesperados para huir de las acometidas del cuadrúpedo.

Súbitamente, Toit empezó a coces contra el coche policial. El estruendo era horroroso.

Los policías juraban a más y mejor. Cuando una coz del enloquecido caballo destrozó el parabrisas del coche, sus exclamaciones llegaron a límites increíbles.

El último par de coces de Toit acabó por volcar el automóvil de patrulla. Luego, un par de nada suaves empujones, lanzaron por tierra a los dos agentes, dejándolos aturdidos e incapaces de reaccionar por unos momentos.

—Vamos —gritó el caballo—. Subid a mi grupa.

Uno de los policías se había sentado en el suelo. Oyó hablar al cuadrúpedo y se desmayó.

Stanton corrió hacia el caballo, llevando de la mano a la muchacha. Un miembro flexible nació en el costado del animal, agarró a Diana por la cintura y la colocó en la grupa. Stanton fue izado a los lomos de la misma manera.

El tentáculo desapareció. Toit gritó:

—¡Vic, agárrate a mis crines!

Stanton obedeció. Inmediatamente, Toit arrancó con un furioso galope, en medio de la estupefacción de cuantos habían contemplado la escena.

De repente, otro automóvil policial apareció por la calle próxima, cerrando el paso a los fugitivos. El conductor frenó y, en unión de su compañero, se dispuso a evitar la huida de la pareja.

Toit se detuvo casi en seco a cuatro pasos de los policías. Estos apuntaban con sus armas a la pareja que iba a lomos del cuadrúpedo.

—¡Apártense! —habló el caballo—. ¿No ven que están estorbando? ¡Y guarden esas pistolas; no tengo ganas de que me hagan un agujero en mi preciosa piel!

Los policías se quedaron atónitos al ver que aquella voz salía de la boca de un caballo. Toit siguió:

—Se ha cometido un asesinato en aquella casa, pero no hemos sido nosotros. ¡Un caballo honrado no asesina a las personas!

Piafó fuertemente y, de pronto, lanzó un agudo relincho. Luego arrancó de nuevo a correr, dio un salto gigantesco, pasó por encima del coche policial, pero, en lugar de caer, desplegó un par de alas de gigantescas dimensiones y voló a gran velocidad hacia las alturas, como un nuevo Pegaso.

Los policías se miraron, llenos de pasmo.

—¿Has… has visto lo que… lo que yo he visto, Joe?

El otro policía se echó a llorar.

—Timothy, me veo en un manicomio —dijo—. Nadie nos creerá lo que hemos presenciado…

*

—Su automóvil y el de la señorita Forbes estaban abandonados cerca del lugar donde se cometió el crimen.

Stanton se encogió de hombros.

—A mí me lo robaron —declaró.

—Y a mí también —añadió Diana.

El inspector Meeker contempló a la pareja con suspicacia.

—No se puede robar un automóvil movido por energía radiante —alegó,

Stanton soltó una risita.

—¿Que no? Déjeme el suyo y verá cómo, en menos de diez minutos, salgo arreando con él, sin necesidad de usar llave de contacto.

El policía estaba desconcertado.

—La verdad es que no hay pruebas contra ustedes —manifestó—. Sin embargo, la señorita Forbes ya estuvo mezclada en un caso de asesinato.

—Del cual fui declarada inocente —afirmó ella.

—Lo sé. Pero da la casualidad de que hemos averiguado que la difunta era amiga del señor Anderson.

—¿Cree que no lo sabía yo? —preguntó Diana—. Precisamente fui yo quien la recibió en su última visita al señor Anderson. Pero la estancia del señor Stanton y mía en aquellos parajes fue meramente casual.

—Sencillamente, habíamos acordado reunimos allí para dar un paseo —agregó el detective—. El tiempo es muy hermoso e invita a pasear.

—Los policías aseguran que los fugitivos se parecían mucho a ustedes —insistió Meeker.

—Era de noche y la falta de luz se presta fácilmente a confusiones —alegó Stanton.

El policía hubiese querido mencionar el caballo que hablaba y volaba, pero temió hacer el ridículo.

—¿Qué me dicen de los destrozos de los contactos de sus automóviles? —preguntó.

—Siempre hay salvajes que disfrutan destruyendo, inspector. Es un desahogo psíquico con el cual se liberan de inhibiciones momentáneas —contestó Diana.

Meeker, malhumorado, se puso en pie. Había sido una gestión infructuosa.

Tenía la sospecha de que aquella pareja estaba relacionada de algún modo con el asesinato de Anita Korr, pero no podía probarlo en manera alguna.

—¡Perkins! —llamó Stanton.

Toit, impecablemente vestido de mayordomo, con chaleco de peto

rayado y mangas negras, se presentó en la sala.

—¿Señor? —dijo respetuosamente.

—Acompañe al inspector, Perkins.

—Como ordene el señor. Por aquí, inspector…

Momentos después, estaban los tres solos. Toit se echó a reír.

—¿Ha mencionado el caballo volador? —preguntó.

—No —contestó Stanton—, pero no se fía.

Se acercó a la ventana. Momentos después, vio a Meeker salir a la calle y hablar con un individuo que esperaba junto a un automóvil.

El individuo asintió. Meeker se metió en el coche y el conductor lo hizo arrancar en el acto.

—Ha dejado un vigilante —dijo Stanton momentos después.

—Es lo correcto —manifestó Toit con indiferencia—. Sospechan de vosotros.

—Pero no somos los asesinos —exclamó Diana vehementemente—. Fue una mujer…

—Cuya identidad creo conocer —dijo Stanton de manera sorprendente.

Diana y el xilf le miraron con interés.

—Hable —pidió ella.

—¿Quién es? —exclamó el xilf.

Stanton sonrió.

—¿Dónde apareció muerto Raymond Anderson? —preguntó.

—En el despacho de su residencia privada —dijo Diana.

—Anderson apareció muerto de cuatro balazos, uno de ellos en la nuca. Estaba sentado en el momento de morir y apareció caído sobre la mesa de trabajo.

—Sí —confirmó la joven.

—Usted fue a visitarle a las siete de la tarde para llevarle unos documentos que él quería examinar en su casa.

—Es cierto.

—Se marchó treinta minutos después.

—Sí, así ocurrió.

—Detrás de la mesa de trabajo de Anderson hay una gran ventana que da al jardín. El mayordomo de los Anderson aseguró que usted tomó su coche y salió en el acto.

—Efectivamente.

—Por lo tanto, no pudo haber dado la vuelta a la casa para disparar contra Anderson a través de la ventana.

—Siempre lo he sostenido —contestó Diana.

—Bien, en tal caso —sonrió Stanton—, y teniendo en cuenta la persona que mató a Anita Korr, la solución al enigma es bien fácil.

—¡Lisa Anderson! —exclamó el xilf.

—Exactamente —corroboró Stanton.

Diana estaba atónita.

—¿Ella? Pero, ¡si estaba enamoradísima de su marido! —exclamó.

—Cuando el amor rebasa unos límites prudenciales, se convierte en celos —dijo el detective con acento sentencioso.

—Es probable que tengas razón —convino Toit—. Pero si fue así, ¿por qué Lisa Anderson te buscó para que probases la culpabilidad de Diana?

—A mi entender, ello obedece a unos motivos bien definidos: los celos. Pero al mismo tiempo, sospecho una cosa.

—¿Qué es, Vic? —preguntó Diana.

—Sencillamente: Lisa Anderson es un mohgr.

—¡Eso es un disparate! ¡Un mohgr no podrá sentir celos de Diana! —exclamó Toit.

—¿Que no? ¿Es que ya no recuerdas que habíamos persuadido a Anita para que hablase, prometiéndole dejarla definitivamente con su actual figura e incluso mejorándosela?

—Pero si fue Lisa la que mató a Anita, no lo hizo por celos.

—O sí. Anita estaba relacionada con su marido de un modo u otro… y además, era un mohgr.

—De todas formas —intervino Diana—, los celos, en el caso de Anita, deben quedar excluidos.

—Venganza —apuntó el xilf.

—No, seguridad propia y de todos los mohgrs —afirmó Stanton.

—Bien —dijo Toit—, ¿qué es lo que piensas hacer ahora?

—Interrogar a la señora Anderson, por supuesto —contestó el detective con voz firme.

—¿Y si resultase ser un mohgr? —preguntó Diana.

—Le haría que me respondiese a dos preguntas: una, dónde se halla la autobomba.

—¿Y la segunda?

—¿Cómo vinieron los mohgrs a la Tierra? ¿Hay alguna especie de centro de control o puesto de mando en alguna parte? ¿Tienen algún jefe o estado mayor que dirige sus operaciones? ¿Hay archivos que señalen dónde están los mohgrs que pululan por ahí con figura humana? ¿Cuántos mohgrs hay en el planeta?

—Muchas preguntas son —dijo Diana, meneando la cabeza dubitativamente.

—Muchas, en efecto —comentó Stanton—, pero es preciso hacerlas.

—¿Irás solo o necesitas compañía? —solicitó Toit.

—No, iré solo —contestó el detective—. Por cierto, Diana, aún no le he preguntado cuándo iniciará el profesor Brunee sus trabajos geológicos.

—No puedo asegurarle nada, Vic. Le dejé plena libertad al respecto.

—Comprendo. Bien, no sé cuándo volveré, de modo que no se

preocupen por mí si tardo.

Silbando alegremente, el detective se encaminó hacia la puerta. Toit meneó la cabeza y dijo:

—Es un chico estupendo. La clase de amo que todo Toit rescatado del fondo de una botella desearía tener.

Diana le miró con cierto recelo.

—Toit, en esta casa, ¿cuál de los dos es el amo? —preguntó.

El xilf se echó a reír.

—Una pregunta sumamente comprometedora —dijo, sin querer añadir una sola palabra más sobre el particular.

## CAPÍTULO IX

—Los terrestres averiguaron que ahora nos protegemos contra el líquido nocivo. El número Cincuenta se vio obligado a eliminar al número Ciento Cinco.

—¿Motivos? —preguntó el número Uno.

—Ciento Cinco flaqueaba. Le prometían conservar indefinidamente su figura terrestre.

—Y nos hubiera delatado.

—Sí, Uno.

—Cincuenta hizo bien —aprobó el comandante del observatorio—. Sesenta y Ocho, ¿cree usted que los terrestres están en condiciones de cumplir lo que prometían a Ciento Cinco?

—Con algunas reservas, sin embargo, creo que sí, Uno.

—Eso es peligroso, Sesenta y Cinco.

—Así lo entiendo yo, Uno.

—Será preciso guardar silencio al respecto, ¿entendido?

—Sí, Uno.

—Pero no entiendo. ¿Qué ventajas puede tener un mohgr si se convierte definitivamente en terrestre? Viviría infinitamente menos...

—Algunos se sienten atraídos hacia la figura terrestre. Les agrada más que la propia.

—Un mimetismo absurdo y antipatriota —calificó duramente el número Uno—. Será preciso extirparlo de raíz, aunque haya que tomar medidas tajantes.

—Desde luego. No obstante, si nuestra permanencia en el planeta dura mucho tiempo, podrán producirse algunas defecciones que no favorecerían ciertamente nuestra causa.

—Comprendo, Sesenta y Cinco. Ahora mismo ordenaré una revisión psíquica de todos los agentes que tenemos en el planeta. Aquel que muestre señales de debilidad, será tratado de modo que no vuelva a recaer en tan funestas aficiones.

—Lo que interesaría sería activar el proceso de la autobomba, Uno. El tiempo, es preciso reconocerlo, trabaja en contra de nuestros intereses.

—Nos equivocamos un poco —reconoció el número Uno—. Creímos que nuestra raza sería completamente inmune a los atractivos de la vida en este planeta y por eso trazamos un plan de acción con un plazo de ejecución excesivamente largo. No obstante, procuraremos abreviarlo en lo posible.

—Está bien, Uno. ¿Algo más?

—Eso es todo, por ahora, Sesenta y Cinco. Le felicito por sus informes, y felicite también al número Cincuenta.

—Así lo haré, Uno.

La comunicación se cortó. El número Uno llamó luego al departamento de Geoingeniería.

—Activen el proceso de la autobomba cuanto sea posible. Necesito que alcance su fase crítica dentro de una semana.

—Haremos todo cuanto esté en nuestras manos, número Uno —contestó el encargado del departamento—. Sin embargo, no me comprometo a garantizar nada, ya que es una alteración de los planes que se sale excesivamente de la línea programada.

—Lo sé, pero no tenemos más remedio que adelantarlo cuanto se pueda. Avíseme apenas haya alguna novedad al respecto.

—Sí, Uno.

*

—¿Está seguro de que la señora Anderson se encontraba en su casa el día del asesinato de su esposo?

—Segurísimo, señor Stanton —contestó Will Grubbs, mayordomo de los Anderson—. No puede haber error al respecto.

—Usted vio que la señorita Forbes salía de la casa media hora después de haber llegado. ¿No cabe la posibilidad de que hubiera vuelto subrepticiamente?

—Podría ser, pero no lo creo. En ese caso, tendría que haber entrado por la parte posterior del parque, pero al borde de la tapia tiene un sistema de alarma que funciona constantemente, esté o no abierta la puerta exterior.

—Comprendo. Diana no pudo ser, luego entonces, lo hizo alguien que estaba dentro de la casa.

Grubbs guardó silencio. De pronto llamaron a la puerta.

El mayordomo se precipitó a abrir. Lisa Anderson apareció en el umbral.

—Buenas tardes, Grubbs —saludó cortésmente—. Creo que tenemos visita.

—En efecto, señora; el señor Stanton vino a verla y al enterarse de su ausencia, decidió esperar a la señora.

—Gracias, Grubbs, puede retirarse; yo atenderé personalmente al señor Stanton.

El mayordomo se alejó. Stanton y Lisa quedaron frente a frente.

—No creí ser objeto de investigación en mi propia casa —dijo ella en tono de reproche.

—Investigo un asesinato —contestó el detective fríamente—. Es natural que realice todas las pesquisas necesarias para culminar mi labor de un modo plenamente satisfactorio.

—Bien, así lo creo yo. Pero resulta que he llegado a la conclusión de que no es necesario que continúe su trabajo. Cometí un error al

creer que Diana Forbes asesinó a mi marido. Estimo que es inocente y, por lo tanto, le ruego que no continúe sus investigaciones, señor Stanton.

El detective se quedó perplejo al oír aquellas palabras. Consiguió reaccionar y dijo:

—Si usted lo prefiere así, yo no tengo nada que objetar, señora Anderson. Le enviaré un cheque por el sobrante de la suma que usted me anticipó en el momento de contratar mis servicios, junto con la minuta correspondiente.

—No es necesario, puede quedarse con el dinero, señor Stanton.

—Acostumbro a cobrar solamente lo justo —declaró él, fríamente. Miró un instante a la hermosa mujer y advirtió en su piel un brillo inusitado que le confirmó en sus sospechas—: Ha sido un placer, a pesar de todo, señora Anderson.

Inclinó la cabeza en señal de saludo y se dirigió hacia la puerta. Lisa le correspondió con un gesto análogo, mucho más moderado, sin embargo.

Momentos después, Stanton hacía arrancar su coche, ya reparado, y emprendía el regreso a su casa.

*

—Has vuelto antes de lo que esperábamos —dijo el xilf, entregándole una copa llena. Diana le contemplaba en silencio.

—Ha sido una gestión demasiado rápida, en efecto —convino Stanton—. Apenas pude hacer otra cosa que escuchar mi despido.

—¿Cómo? —exclamó la muchacha.

—Así es. Lisa Anderson me ha dicho que abandone el caso.

—¿Por qué, Vic?

Stanton bebió un trago. Luego dijo:

—Lisa es un mohgr. Naturalmente, no les interesa que yo siga investigando.

—Pero..., ¡eso es absurdo! ¿Cómo puede Lisa...?

—La señora Anderson era celosa, ¿no?

—Sí, bastante. Yo creo, de todas formas, que más que tratar de probar mi culpabilidad, quería que usted encontrase el verdadero asesino.

—Y ahora no le interesa que lo encuentre.

—Es desconcertante, en efecto —dijo el xilf.

—No lo es, si se piensa que Lisa Anderson sí vivía en el momento del asesinato de su esposo. Ahora es un ser extraterrestre el que ocupa su puesto.

—Eso es verdad, pero no resuelve el problema principal —dijo Diana.

—¿Cuál es? —preguntó Stanton.

—La identidad del asesino.

Hubo un momento de silencio. Mirando aparentemente a la copa que tenía en la mano, Stanton se había concentrado en sus reflexiones.

—Diana —dijo al cabo—, ¿qué hizo Lisa Anderson después de los funerales?

—Se marchó de la ciudad. Dijo que quería pasar a solas su pena.

—¿Adónde se fue? ¿Lo sabe usted?

—Los Anderson tenían una residencia en el campo, en un lugar muy solitario. Solían ir allí algunos finales de semana o cuando él se sentía demasiado fatigado de su trabajo.

—Lisa Anderson es un mohgr, no cabe ya duda alguna. En cuanto a Anderson, hemos quedado que también lo era...

—Sabemos que no fue un xilf —objetó Toit—, pero, un mohgr, imposible.

—Toit, no seas tonto —gruñó el detective—. Tenía una suerte loca en sus jugadas de Bolsa. Eso sólo lo puede hacer quien posee facultades mentales no comunes a los terrestres.

—¡Diablos! —exclamó el xilf—. Puede que tengas razón. Pero, entonces, ¿por qué lo asesinaron?

Stanton acabó su copa.

—Puede que la propia señora Anderson nos diga algo al respecto —contestó.

—¿Lisa? Ya no hablará más —aseguró Diana.

—Es posible que tengas razón, pero no hablará más por la sencilla razón de que está muerta. Me refiero a la auténtica, no al mohgr que ahora ocupa su puesto.

Toit se estremeció.

—Oye, Vic, ¿sabes que estoy pensando que es muy posible que tengas razón? —exclamó.

—La tengo —dijo Stanton con voz firme—. Y vamos a comprobarlo haciendo una visita a la residencia campestre de los Anderson. Diana, ¿sabrá guiamos?

—Por supuesto —accedió la muchacha.

*

Era preciso reconocer que Anderson había sabido elegir bien el lugar. El panorama era sumamente atractivo y la soledad que reinaba debía de ser un magnífico sedante para los nervios torturados de un hombre de gran actividad en los negocios.

Stanton detuvo su coche y los tres se apearon en el acto.

—Quizá tengamos que cavar alguna tumba —dijo el detective.

Diana se estremeció.

—¿La enterraron aquí?

—Si ha muerto, no hay lugar mejor para ocultar un cadáver.

Vamos.

La casa aparecía en silencio y con las ventanas cerradas. Stanton no se molestó en llamar siquiera.

Por medio de una ganzúa, abrió la puerta. Cruzó el umbral y oteó el panorama interior durante unos instantes.

—Vamos a revisar la casa primeramente —dijo.

El edificio era de planta y piso. Las habitaciones inferiores estaban completamente desiertas.

Stanton examinó la biblioteca-despacho. Buscaba alguna pista que le ayudase a conseguir la solución del enigma.

De pronto, oyó un grito de Diana:

—Vic, venga pronto.

El joven echó a correr hacia la cocina. Toit llegó desde un salón cercano.

—¿Qué sucede, Diana? —preguntó el detective.

Ella señaló el enorme frigorífico, abierto de par en par y repleto de provisiones.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Lógico. Los Anderson necesitaban comida cuando venían a pasar sus fines de semana.

—¿De verdad? La última vez que estuvieron aquí fue hace dos meses, cuatro días antes de la muerte de él. Si Lisa hubiese estado aquí una temporada, reponiéndose, el frigorífico tendría que estar casi vacío.

—Y ahora aparece lleno, como si alguien habitase la casa —dijo él preocupándose—. Puesto que el mohgr que representa el papel de Lisa no viene por aquí, ¿para qué tanta comida?

De pronto oyeron unos ruidos que parecían provenir del piso superior.

Tres pares de ojos miraron hacia arriba simultáneamente. Los golpes se repetían con un ritmo singular.

—Punto..., punto..., punto... —murmuró Stanton— raya..., raya..., raya..., punto..., punto... punto... ¡SOS! —gritó.

—Alguien pide socorro —dijo Diana excitadamente.

Stanton giró sobre sus talones y abandonó la cocina, seguido de cerca por Diana y el xilf. Subieron al piso superior y oyeron más golpes en una puerta.

—¡Por favor...! —sonó una voz femenina—. Estoy presa. Ábranme...

—¡Es Lisa Anderson! —exclamó Diana, en el colmo del asombro.

Stanton se precipitó hacia la puerta.

—¡Señora Anderson! —gritó—. No tema, ahora mismo la rescataremos.

Alguien sollozó de gratitud al otro lado de la puerta. Momentos después, Stanton acogía en sus brazos a una hermosa mujer, deshecha


física y moralmente.

# CAPÍTULO X

Diana preparó café. En la taza de Lisa puso unas gotas de coñac, lo que reanimó a la mujer notablemente.

—No acabo de creer en mi buena suerte —dijo Lisa, una vez recobrada en parte—. He pasado unos días horribles en esta prisión... Ella había colocado rejas en las ventanas y la cerradura especial de la puerta me impedía el escapar...

—¿Ella? —repitió Stanton—. ¿Quién es, señora Anderson?

—Mi doble —contestó ella—. Es exactamente igual a mí en todos los aspectos. Viene cada dos o tres días, me deja algo de comida y vuelve a marcharse...

—Resulta extraño —dijo el xilf preocupadamente—. Para el mohgr, lo más sencillo habría sido matarla a usted. ¿Por qué no lo ha hecho?

Lisa se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —respondió—. Sólo sé que cuando me traía la comida, me miraba fijamente y entonces yo caía en una especie de trance, como si me hipnotizase o algo por el estilo.

—Seguramente, trataba de adquirir detalles de su vida anterior, para no cometer errores en lo sucesivo —apuntó Stanton.

—Es muy probable que haya sido así —concordó Diana—. Recuerdo que cuando vino aquel mohgr que tomó mi aspecto, estuve unos momentos inconsciente, pero no sé lo que pasó durante aquellos pocos minutos. No puedo acordarme, por más esfuerzos que hago.

—Indudablemente, el mohgr quiere ocupar el puesto de la señora Anderson definitivamente... —intervino Toit—. Lo que ya no me explico son los motivos.

—No hay dificultad alguna en conocerlos... —dijo Stanton—. Los mohgrs están en nuestro planeta y necesitan adoptar, en muchas ocasiones, personalidades de cierto relieve para poder llevar a cabo sus acciones con más facilidad. Pero ahora vamos a discutir otro asunto.

Stanton se encaró con la dama.

—Señora Anderson, ¿fue usted o fue el mohgr quien me encargó probase la culpabilidad de la señorita Forbes?

—Fui yo, naturalmente, aunque ahora me arrepiento de ello —contestó Diana.

—¿Estaba usted en su casa el día de la muerte de su esposo?

—Había salido, pero volví poco después. El mayordomo pareció bastante sorprendido cuando le pregunté por mi marido, cosa que me extrañó bastante. Me respondió que mi marido estaba trabajando en su despacho y luego, cuando vi que tardaba, fui a llamarle para la

cena y…

Lisa se interrumpió, visiblemente afectada por la pena. Stanton se hallaba sumido en profundas reflexiones.

—Estoy seguro —dijo al cabo—, que el mohgr ya estaba allí y había tomado el aspecto de la señora Anderson. Eso fue lo que causó el desconcierto al mayordomo.

—Y, probablemente, el señor Anderson descubrió la verdad y por eso el mohgr lo mató —apuntó Diana.

—No es ése el motivo fundamental —contradijo el detective—. El señor Anderson era un mohgr y, probablemente, se encontró muy a gusto en este planeta y se negó a secundar los proyectos de sus congéneres. Por eso llegó la orden de ejecución y…, ¿quién mejor para llevarla a cabo que un mohgr con la apariencia de su esposa?

Lisa se quedó aterrada al oír aquellas palabras. Stanton continuó:

—Señora Anderson, ¿bebía licores su esposo?

—No, jamás; era completamente abstemio —contestó ella.

—¿Cuánto tiempo llevaban de casados?

—Poco más de cinco años, señor Stanton.

—Todo coincide. El mohgr que lo asesinó y que ahora vive con el aspecto de la señora Anderson, esperó a que ella saliese aquel día y entró en la casa, después de haber estado escondido en el jardín, por la puerta trasera. Fue al despacho y aprovechó un descuido de Anderson para pegarle los cuatro tiros, apenas se había marchado también la señorita Forbes. Naturalmente, en aquellos momentos, Anderson no podía advertir que la persona que él suponía su esposa no lo era; no había tiempo para descubrirlo. Pero ahora, ese ser extraterrestre quiere continuar bajo el aspecto de Lisa Anderson y por eso la ha tenido aquí encerrada durante tantos días.

—Así tuvo que ser —confirmó la propia Lisa—. Después de los funerales, yo me vine aquí para permanecer unos días en soledad y únicamente abandoné la residencia para verle a usted, señor Stanton. A mi regreso de esta entrevista fue cuando me encontré con mi doble. Desde entonces he estado prisionera.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Diana—. Porque el mohgr negará serlo y provocará una gran confusión. ¿Quién puede probar que él no es la señora Anderson?

—Es un delicado problema, en efecto —convino el detective—. Creo que no tendremos otro remedio que intentar sorprenderlo y…

—¿Y…? —dijo Diana ansiosamente.

—Forzarle a hablar y que nos diga dos cosas: una, dónde está la autobomba. Otra, el punto dónde se encuentra el Estado Mayor de los mohgrs.

—¿Querrá hablar? —dudó Lisa.

Stanton sonrió.

—Hablará —afirmó.

—Bueno —dijo Toit con acento intrascendente—, si piensas hacer que el mohgr hable, ésta es la ocasión. Mira, Vic.

Stanton dirigió la vista hacia la ventana, a través de la cual se divisaba al doble de la señora Anderson, avanzando a lo largo del jardín hacia la casa.

—¡Cuidado! —exclamó el detective—. Dejen que yo me encargue de resolver este asunto.

Stanton corrió a situarse junto a la puerta, mientras hacía señas para que los otros se escondieran. Instantes después, se oía el ruido de una llave en la cerradura.

La puerta se abrió. El mohgr cruzó el umbral y apenas lo había hecho, sintió en su espalda el contacto de un objeto duro.

—Será mejor que levantes las manos o te dispararé un proyectil lleno de alcohol. Esta vez, tu protección epidérmica no servirá para nada.

Hubo un instante de silencio. El mohgr con la figura de Lisa Anderson estaba rígido, completamente inmóvil, convertido en una estatua.

—Camina —ordenó Stanton.

El mohgr dio un paso hacia adelante, pero de súbito, actuando con inimaginable rapidez, giró en redondo y asestó al detective un terrible golpe en el lado izquierdo de la cara.

Stanton trastabilló y cayó al suelo, aturdido, pero sin haber perdido el conocimiento. Con ojos un poco nublados, vio que el mohgr abría su bolso y metía la mano en él, para sacar sin duda algún arma.

Se acordó de la pistola que había visto en manos del mohgr que duplicó a Diana y le entró un terror infinito al pensar en los posibles efectos del arma. Su pistola era corriente; el anuncio de que las balas eran huecas y estaban cargadas con alcohol no era sino una treta destinada a impresionar al extraterrestre.

Apretó el gatillo. El mohgr lanzó un grito ululante de agudísimos tonos y se tambaleó violentamente.

A pesar de todo, no cayó. Sacó el arma y Stanton hizo fuego de nuevo, alcanzándole en el centro del pecho.

El mohgr se derrumbó definitivamente. Relajada su tensión mental, adquirió su forma primitiva en pocos segundos.

El detective se puso en pie. Las mujeres y Toit irrumpieron en el salón.

—¡Era un mohgr! —exclamó Diana.

Lisa se sentía abrumada por el horror.

—Llévesela fuera, Diana —indicó Stanton.

La joven accedió y salió al jardín en unión de Lisa. Stanton y el xilf quedaron a solas.

—Has pasado un rato muy malo —sonrió Toit.

—No lo sabes bien —gruñó Stanton, mientras recogía la pistola que el mohgr no había tenido tiempo de utilizar—. ¿Qué clase de proyectiles dispara este arma?

—Descargas térmicas, capaces de fundir una pared de metal de veinte centímetros de espesor en pocos segundos —contestó el xilf—. Imagínate lo que pasará en un cuerpo humano que reciba una de estas descargas, Vic.

—No, prefiero no imaginármelo —se estremeció el detective—. Toit, ¿te figuras qué es lo que te toca hacer ahora?

—Diríase que he venido a este planeta para hacer solamente de sepulturero —contestó Toit amargamente—. Está bien, vuelve a la ciudad con las mujeres. Yo me reuniré más tarde con vosotros.

Toit calló un instante. Luego dijo:

—Vic, ¿qué es lo que piensas hacer ahora?

—Buscar la autobomba, no hay otro remedio.

—No será fácil —alegó el xilf.

—Lo sé, pero estimo que es el trabajo más urgente que nos queda por el momento. Cuando la hayamos encontrado y anulado, entonces será cosa de buscar el escondite de los mohgrs.

*

—Número Uno, el número Cincuenta ha sido eliminado.

—Un acontecimiento desgraciado —comentó Uno, fríamente—. ¿Quién lo ha hecho?

—La misma persona que interfiere constantemente nuestras actividades. Número Uno, o lo eliminamos nosotros o acabará impidiendo que llevemos a cabo nuestros planes.

—Calma, Sesenta y Ocho. No se excite, ha sido un contratiempo de cierta importancia, pero no definitivo. Escuche, tengo un plan para eliminar definitivamente a nuestro adversario.

—Hable, Uno.

—Tiene que ir y acelerar en persona los trabajos de la autobomba, a fin de que alcance su fase crítica en el menor tiempo posible; horas, mejor que días, ¿estamos?

—Sí, desde luego.

—Procure dejar un rastro que sea fácil de seguir para ese entrometido. El resto queda a tu imaginación.

—Está bien, Uno. Creo que es un buen plan —aprobó Sesenta y Ocho.

—Animo —dijo el número Uno—. El día de nuestra victoria no está lejano ya y pronto tendremos un puesto en este sistema planetario. Entonces, los mohgrs conoceremos un esplendor como jamás se ha visto hasta ahora en una raza galáctica.

—Así lo espero —contestó Sesenta y Ocho; y acto seguido, cortó su comunicación y se dispuso a poner en práctica el plan sugerido por el número Uno.

*

—La autobomba está en el subsuelo —dijo Stanton mientras se paseaba por el salón de su casa—. Eso presupone una cueva y, naturalmente, un túnel o pozo de acceso. Lo difícil es encontrar ese acceso.

—Yo creo que hay quien podría indicármelo, Vic —dijo Diana.

Stanton miró a la muchacha. Diana agregó:

—El profesor Brunee.

—Y sus investigaciones geológicas, ¿no?

—Exactamente.

—Usted le entregó el millón…, ¿con qué objeto?

—Le expliqué lo que pasaba y le rogué investigara en ese sentido.

—¿Ha tenido noticias suyas?

—Hasta ahora, no.

Toit dijo:

—Tendrás que ir a visitarle, Vic.

—No es mala idea —aprobó el detective.

—¿Puedo ir con usted? —preguntó Diana.

—No será necesario, no se moleste.

—Creo que sí —atajó la chica—. Recuerde que, a fin de cuentas, le entregué un millón de dólares.

Stanton sonrió.

—Lo cual, más o menos, convierte al profesor en un asalariado suyo —dijo.

—Casi podría calificarse de ese modo, Vic.

—¿Le dejó Anderson ese dinero para entregárselo a Brunee?

—Hasta cierto punto, aunque no puntualizó ningún nombre. Por lo que yo deduzco, Anderson, lógicamente, estaba enterado de la existencia de la autobomba, pero no conocía su posición.

—Es indudable que Anderson se sentía amenazado y que los demás mohgrs no confiaban ya en él. Una persona tenía la culpa de esa desconfianza.

—Su esposa.

—Exactamente. Anderson había descubierto que la vida aquí no es tan mala como parece y, probablemente, se negó a secundar los planes de sus congéneres, decidiendo convertirse definitivamente en terrestre. Ellos por supuesto, no lo podían perdonar.

—¿Cuándo piensa ir a verle? —preguntó Diana.

Stanton consultó la hora.

—Mañana. Hoy es ya demasiado tarde —contestó—. Además,

necesitamos descansar. ¡Perkins!

El xilf adoptó inmediatamente el aspecto de un correcto mayordomo.

—¿Señor? —contestó respetuosamente.

—Cena para dos, Perkins.

—En seguida, señor. ¿Velas y champaña?

Stanton se echó a reír.

—Conoces muy bien las costumbres terrestres —dijo.

Toit miró de reojo a la muchacha.

—Si yo fuera terrestre y me encontrase en sus condiciones, también ordenaría una cena con velas y champaña, señor. ¿Alguna marca preferida de champaña, señor?

—Lo dejo a tu discreción, Perkins.

—El señor me honra con su confianza —contestó Toit, inclinándose profundamente—. Tenga la seguridad el señor de que no quedará defraudado con la cena que le voy a preparar.

—Así lo espero, Perkins —dijo Stanton muy serio, aunque rebosante de buen humor interiormente. Eh realidad, una cena íntima en compañía de una hermosa muchacha era cosa que siempre le había agradado y, respecto a belleza, Diana no tenía que envidiar a ninguna mujer.

# CAPÍTULO XI

El hombre vestido con bata blanca miró a sus visitantes con cierto recelo.

—Soy Craig, ayudante del profesor Brunee. ¿En qué puedo servirles? —preguntó.

—La señorita Forbes entregó hace algún tiempo un millón de dólares al profesor, a fin de que lo destinase a investigaciones geológicas.

—Lo recuerdo —dijo Craig—. El profesor me habló muy contento del donativo. Ello le permitiría realizar ciertas investigaciones que no había podido llevar a cabo, porque la asignación de la Universidad era insuficiente.

—Es digno de celebrar —manifestó Stanton—. Bien, la señorita Forbes quiere ahora conocer el resultado de esas investigaciones.

—Un poco pronto es, ¿no creen? —sonrió Craig—. Esta clase de trabajos no son de los que se hacen en un día.

—Desde luego, pero nos gustaría hablar personalmente con el profesor —terció Diana.

—Lo siento, señorita. El profesor está ausente.

Stanton contuvo un gesto de contrariedad.

—¿Tardará mucho en volver? —preguntó.

Craig se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Los trabajos que el profesor realiza no tienen un plazo fijo de culminación, como pueden comprender.

—Esto es lógico —admitió Stanton—. Al menos, podrá usted decirme dónde se encuentra actualmente.

—Oh, sí, claro, por supuesto. El profesor está en una mina abandonada que se halla al sur de *White Peaks*. Es un lugar interesantísimo para un geólogo, ya que es una mina cuyos pozos alcanzan gran profundidad y en donde se pueden estudiar distintos estratos que corresponden a diferentes edades geológicas del planeta.

—Perfectamente, muchas gracias —contestó el detective—. Aun a riesgo de molestar al profesor, iremos a visitarle al lugar que usted nos ha indicado tan amablemente.

—Gracias por todo, señor Craig —dijo Diana.

El ayudante hizo un gesto benévolo con la cabeza.

—Ha sido un placer servirlas —contestó.

Minutos más tarde, Stanton y Diana emprendían la marcha hacia el lugar donde el geólogo estaba realizando sus investigaciones.

*

Stanton frenó el coche y lo detuvo en una vasta explanada, situada al pie de una arriscada ladera casi desnuda de vegetación. En distintos puntos de la explanada se veían edificios y barracones abandonados, cuando no en ruinas.

Había un hombre sentado bajo un cobertizo, leyendo apaciblemente un libro. Al lado tenía una botella.

La pareja se acercó al individuo. Este les miró de soslayo.

—Hola —dijo.

—Buscamos al profesor Brunee —manifestó Stanton—. Creo que está realizando investigaciones...

El hombre señaló con el índice hacia abajo.

—Sí —contestó.

—No se le cansarán los músculos de la lengua —gruñó el detective —. ¿Es usted el vigilante?

—Sí. Me llamo Sam.

—Nombre clásico de todo vigilante —dijo Stanton con sorna—. Sam, ¿por dónde se baja a la mina?

El vigilante hizo un esfuerzo y se puso en pie.,

—¿Son amigos del profesor? —preguntó.

—Efectivamente.

—Está bien, vengan.

Stanton echó a andar en unión del guarda. Sam le condujo a la bocamina.

—Allí está la plataforma —señaló—. Yo manejaré la maquinilla.

—Muy bien, Sam. ¿Qué profundidad hay?

—Mil seiscientos.

—Conforme. ¿Vamos, Dian...?

Stanton se interrumpió al darse cuenta de que la chica no estaba a su lado.

—Ahora voy —exclamó Diana, desde unos metros más atrás.

—Vamos, Diana, date prisa —exclamó el detective.

—Sí, Vic.

Sam contemplaba curiosamente a la chica. Diana se les acercó y preguntó:

—Sam, ¿qué sucedería si usted, por ejemplo, se sintiese indispuesto y no pudiera poner en funcionamiento la maquinaria del ascensor?

—Oh, ése no es inconveniente. Desde abajo también se puede hacer funcionar, aunque yo no esté al tanto.

—Gracias, Sam; es todo lo que quería saber.

Y apenas pronunciadas tales palabras, Diana sacó un garrote que llevaba oculto a la espalda y asestó a Sam un tremendo golpe en medio de la frente.

Sam lanzó un gruñido y se desplomó al suelo.

—¡Diana! Pero, ¿qué...? —exclamó Stanton, desconcertado.

—¡Mire! —gritó ella.

Los ropajes de Sam saltaron en pedazos. En unos instantes, el vigilante se transformó en un mohgr de repulsivo aspecto.

Stanton estaba asombradísimo.

—¿Cómo lo supo? —preguntó.

—Se me ocurrió que no estaría de más comprobar si era humano o mohgr —explicó ella—. Por eso me rezagué, ¿comprende?

—Sí, pero, ¿cómo lo ha adivinado?

Diana sonrió maliciosamente.

—Sam tenía todo el aspecto de un sujeto que ha aceptado este empleo para haraganear a la vez que se gana unos dólares. La botella al lado acentuaba la comedia, ¿no?

—Cierto —admitió Stanton.

—Bien, la botella contiene agua solamente.

Stanton hizo un gesto aprobatorio.

—Has hecho una buena obra —elogió—. Pero no parece que haya muerto.

Diana fijó la vista en el cuerpo del mohgr, cuyos costados se ensanchaban y estrechaban con lento ritmo.

—Está desvanecido solamente —contestó—. Pero al perder el conocimiento, su tensión mental se relajó y perdió la forma humana.

—Desde luego. Sin embargo, Diana, ahora nos encontramos con un problema.

—¿Cuál, Vic?

—Cubrir nuestra retaguardia.

—Es cierto, Vic —Diana se estremeció—, es un ser vivo, aunque no tenga nuestra forma. Yo no podría matarle a sangre fría.

—No hará falta —sonrió él—. En algún lugar debe de haber cuerdas.

Minutos después, el mohgr quedaba sólidamente atado.

—Ahora ya podemos bajar a la mina con tranquilidad —dijo Stanton.

—¿Estará el profesor allá abajo?

—No cabe la menor duda. Aguarde un momento.

Stanton se acercó al automóvil y sacó de su interior una bolsa de lona que colgó de su hombro. Luego, en unión de la muchacha, se dirigió a la plataforma.

—¿Lista? —preguntó.

Diana, pálida, pero resuelta, hizo un gesto de aquiescencia.

—Lista —contestó.

Stanton apretó un botón. La plataforma empezó a descender inmediatamente.

—¿Qué profundidad hay? —preguntó Diana, apenas se hubo puesto en marcha el ascensor.

—Mil seiscientos metros —le informó el detective. Diana se estremeció, pero no dijo nada. Miró hacia arriba; el cuadrado luminoso que era la bocamina se empequeñecía rápidamente.

*

El ascensor se detuvo al llegar al suelo. Stanton y Diana se encontraron frente a una galería con buena iluminación, cuyo final no podía apreciarse a simple vista.

Delante del ascensor, había una vía, con una vagoneta de motor eléctrico y dos asientos en la plataforma.

—Parece que nos esté esperando —comentó Stanton.

—No me extrañaría en absoluto —dijo ella.

—Bien, en tal caso, ¿a qué esperamos?

Abandonaron la plataforma y subieron a la vagoneta. Stanton vio dos pedales. Presionó el de la derecha y la vagoneta se puso en marcha inmediatamente.

El segundo pedal corresponda al freno. Pasaron diez minutos antes de que Stanton tuviera necesidad de utilizarlo.

Los dos jóvenes se contemplaron recíprocamente con gran asombro.

—¿Aquí se acaba la galería? —exclamó Diana, desconcertada.

Stanton frunció el ceño.

No se podía seguir adelante. Ciertamente, la galería era muy larga, él había calculado más de cinco kilómetros, pero la vía acababa en un punto ciego, en el que no se veía la menor abertura al frente, ni tampoco a los lados.

—Es imposible —dijo—. El profesor tiene que estar en alguna parte…

—Por el otro lado —sugirió ella—. Tendremos que dar la vuelta a la vagoneta.

—Bien, si no queda otro remedio, lo haremos.

La vagoneta se había detenido en una placa giratoria, por medio de la cual podía ser vuelta para moverse en sentido opuesto. Stanton saltó al suelo y, en el mismo momento, Diana lanzó un agudo grito:

—¡Vic!

El detective se volvió. Apenas si tuvo tiempo de saltar de nuevo a la plataforma de la vagoneta, que se hundía en el suelo con la placa giratoria.

Stanton apretó los labios.

—No cabe duda de que nos esperan —murmuró.

Ahora ya estaba seguro de encontrar la autobomba. Los mohgrs, pensó, habían obrado con singular astucia.

¿Quién iba a sospechar de un nuevo subterráneo situado bajo la placa giratoria donde, aparentemente, acababa la galería?

El descenso duró un tiempo que a ambos se les hizo interminable.

Stanton calculó, al detenerse la plataforma, que habían bajado a una profundidad superior a los diez kilómetros en vertical.

—Lo que unido a los mil seiscientos del primer pozo, de alrededor de doce mil metros de profundidad.

La plataforma se detuvo. Una compuerta de metal se alzó silenciosamente delante de ellos, y entonces, a los ojos de la pareja se ofreció el espectáculo más increíble que jamás habrían sospechado contemplar.

# CAPÍTULO XII

Stanton y Diana se hallaron ante la boca de una caverna de dimensiones incalculables, brillantemente iluminada. La altura de la bóveda rocosa era de unos trescientos metros y su diámetro superaba los dos mil.

En el centro, pero ocupando la mayor parte de la explanada que constituía el suelo de la caverna, se veía una gigantesca máquina que, en realidad, estaba compuesta por otras muchas. Largos brazos metálicos salían de los costados del colosal aparato y arrancaban constantemente trozos de tierra y rocas de las paredes, depositándolos luego en unas tolvas que los reducían a polvillo impalpable.

El ruido era moderado, no obstante. Lo que más asombró a Stanton fue la cantidad de brazos de pala excavadora y perforadora que se movían de una manera incesante.

En uno de los costados de la caverna, divisó una gran caja de metal, de unos cuarenta metros de lado, de la que salían unos cables de notable grosor, los cuales iban a perderse en el interior de aquella gigantesca máquina, que en algunos puntos alcanzaba alturas superiores a los doscientos metros.

De repente, en uno de los costados de la máquina, se produjo un extraño movimiento.

Unos brazos metálicos empezaron a actuar con singular rapidez, trayendo y colocando diversas piezas de metal. Los brazos eran de diferentes tamaños; los había que alcanzaban cinco y seis metros de largo y otros apenas si tenían unos pocos centímetros.

La afluencia de piezas desde unos túneles interiores era incesante. Stanton se quedó pasmado al ver que la máquina se construía a sí misma.

En pocos minutos quedó terminada la obra, una enorme fracción de maquinaria, con sus controles y puntos de observación. Al fondo, a lo lejos, divisaron una cinta transportadora inclinada, que se movía llevando detritus a un agujero situado a ras de la caverna.

—De modo que esto es la autobomba —dijo Stanton al cabo de unos minutos de contemplar aquel prodigio de mecánica.

—Sí. Extrae todos los materiales del subsuelo y los transforma por sí misma.

—¿Incluido el explosivo?

—Por supuesto.

—Debe ser un explosivo muy potente para convertir el planeta en pedazos —aventuró él.

—En efecto, es un explosivo muy potente.

Stanton y Diana se pusieron rígidos.

La voz acababa de sonar a sus espaldas. Diana la reconoció en el acto.

—Profesor Brunee.

—El mismo, señorita Forbes —corroboró el mohgr.

*

Hubo un momento de silencio. Luego, Stanton se volvió lentamente.

Brunee estaba frente a él, con la sonrisa en los labios.

—Como manifestación de una tecnología avanzadísima, es indiscutible que no se puede pedir más —contestó Stanton—. Como consecuencia de funesto propósito, es detestable.

—Amigos, ésta es la vida —dijo Brunee con simulada filosofía—. Es preciso matar para sobrevivir.

—Pero, ¿resulta necesario exterminar a toda una población de miles de millones de seres humanos?

—Mi querido señor Stanton, las perspectivas de un terrestre son muy distintas a las de un mohgr. ¿Qué otra explicación puedo darle?

—Ninguna. La suya es cínica, pero definitiva.

—Celebro que lo piense así —dijo Brunee, haciendo una ligera inclinación de cabeza—. Necesitamos llevar a cabo nuestros propósitos. Resultaría indispensable para la supervivencia de nuestra raza.

—Pero ustedes pueden coexistir con nosotros —alegó Stanton con vehemencia—. ¿Cuántos son? ¿Cinco, diez millones? ¿Cree que se notaría en tantos miles de millones?

—El número es lo de menos —replicó Brunee—. Necesitamos destruir su planeta.

—¿Por qué?

—No lo comprendería. Su intelecto es limitadísimo en comparación con el nuestro.

—Es probable que sea así, pero todos los orgullosos acaban por derrotarse a sí mismos. Los dioses ciegan a quienes quieren perderse.

—Conozco el dicho —manifestó el geólogo.

—Podríamos vivir juntos...

Brunee meneó la cabeza.

—Ustedes, los terrestres, tienen también un refrán que nosotros aplicamos en el presente caso. *Aut Cesar, aut nihil.* Latín —explicó innecesariamente.

—O César, o nada. Todo o nada —tradujo Stanton—. ¿Y si fuera nada, profesor?

Brunee se echó a reír.

—Será todo, detective —replicó, seguro de sí mismo.

—¿Cuándo? —preguntó Diana.

—Dentro de pocos días. Hemos tenido que acelerar increíblemente los trabajos.

—Y usted se situará en lugar seguro, claro.

—¿Puede dudarlo, señorita Forbes?

Amargamente, Diana dijo:

—Lo que se debió reír usted cuando le llevé el millón de dólares para sus investigaciones geológicas.

—Resultó un poco divertido, en efecto —admitió Brunee.

—Pero, ¿no son ustedes capaces de fabricarse su propio dinero? —exclamó Stanton.

—Sí, si no hay otro remedio. Pero ello podría ocasionamos algunos problemas con el Departamento del Tesoro. Algunos billetes, ineludiblemente, tendrían repetida la numeración y, por otra parte, si el difunto y traidor Anderson nos facilitaba fondos, ¿por qué crearnos problemas?

—Un razonamiento muy lógico —admitió el detective—. Anderson murió porque no compartía sus ideas, ¿verdad?

—Sí. Se había convertido ya en un terrestre. No hubo otro remedio que proceder a su eliminación.

—Usted también podría convertirse en un terrestre —exclamó Diana—. ¿Tanto le disgusta este planeta?

—Es que yo quiero vivir en mi propio planeta.

—¿Cómo? —dijo Stanton, desconcertado.

—Lo siento... —cortó Brunee secamente—. No hay tiempo para más explicaciones.

—Ahora nos hará matar —dijo Stanton.

—¿Pueden dudarlo? —sonrió el mohgr—. Y, por favor, no se moleste en emplear su pistolita de alcohol. Ya nos hemos hecho inmunes a los efectos de ese líquido.

—Tenemos otras armas —manifestó el detective.

—Dudo mucho que puedan utilizarlas.

Brunee hizo un gesto con la mano. Stanton y Diana volvieron la cabeza.

Media docena de individuos, todos ellos armados con aquellas extrañas pistolas, habían aparecido súbitamente y formaban un semicírculo en tomo a la pareja.

Stanton suspiró.

—Aquí se acaba la historia —dijo.

—Sí, es cierto —convino Brunee cortésmente.

—¿No le remuerde la conciencia pensar que va a dar muerte a miles de millones de personas?

—Señor Stanton, no trate ahora de tocar mi cuerda sensible —dijo el geólogo cínicamente—. Los mohgrs hemos trazado unos planes y los realizaremos hasta el fin.

—Y entonces vivirán bajo su propia apariencia y emplearán sus propios nombres... A propósito, ¿cómo se llama usted en su país?

—No nos llamamos. Empleamos números. Es más cómodo. Yo soy el Sesenta y Ocho. La falsa Lisa Anderson era el Cincuenta.

—Si se tiene memoria, sí, resulta más cómodo. Profesor, supongo que cuando todo esté listo, usted se irá a alguna parte a contemplar el espectáculo de la Tierra saltando en pedazos.

—Claro que sí —contestó el mohgr—. Será un espectáculo delicioso, créame.

—¡Qué granuja! —se escandalizó.

Brunee la miró fríamente.

—Usted es quien tiene menos derecho a protestar —manifestó—. No puede hacerlo, porque es un xilf.

Stanton respingó, tremendamente asombrado.

—¿Qué? —gritó—. ¿Ella... un xilf?

Miró a la muchacha. Diana estaba colorada hasta las orejas.

—Ah, pero, ¿no lo sabía? —exclamó Brunee sarcásticamente—. Bueno, ya no importa. La conversación se ha acabado ya. Ahora...

Stanton olvidó su sorpresa. En modo alguno iba a permitir que les diesen muerte como corderos.

Brunee empezó a apartarse a un lado a fin de dejar sitio libre a sus esbirros para proceder a la ejecución. De súbito, se oyó un fuerte grito. En el mismo momento, una espesísima niebla envolvió a los mohgrs. Sonaron exclamaciones de asombro.

—Disparad, imbéciles —gritó Brunee.

Stanton empujó a la muchacha y la lanzó al suelo. Un par de descargas térmicas brotaron de la niebla y calcinaron la roca detrás de ellos.

Brunee gritaba desaforadamente. Stanton puso fin a sus chillidos con un disparo de la pistola capturada al mohgr Cincuenta.

El cuerpo del mohgr ardió instantáneamente, convirtiéndose en una brasa viva. Dentro de la nube sonaron, unos agudos alaridos.

Stanton se sentía estupefacto. ¿Quién había proyectado aquella niebla tan oportunamente?

Los gritos de los mohgrs se extinguieron a los pocos momentos. Entonces, la nube se concentró rápidamente y tomó la forma de Toit.

—Hola, amigos —saludó el xilf, con la sonrisa en los labios.

*

Stanton se puso en pie y tendió la mano a la muchacha. Diana se incorporó también.

—Me siento atónito —dijo Stanton—. Toit, ¿cómo has venido hasta aquí?

—Era un pedazo de atmósfera —explicó Toit sin dejar de sonreír.

—Vamos, el hombre…, digo el xilf invisible.

—Exactamente.

—¿Y la niebla?

—Humo, con abundancia de vapores de alcohol.

Stanton respiró aliviado.

—No hay duda que tu actuación resultó muy oportuna. Pero, ¿por qué no lo hiciste antes?

—Quería averiguar una cosa. Brunee se mostraba muy locuaz, aunque se calló lo más importante: la ubicación del puesto de mando de los mohgrs.

Stanton desvió la vista hacia el montón de cenizas en que se había convertido el Sesenta y Ocho.

—Se lo calló, en efecto. Pero creo que tenemos quien pueda facilitamos ese informe.

—¿Sam? —dijo Diana.

—Sí, el mismo.

—Vic, supongo que no te irás de aquí sin antes destruir la autobomba —exclamó el xilf.

—Desde luego, aunque no sé por dónde empezar…

—Vic, una máquina, es una máquina siempre, aquí y en la otra punta de la galaxia. Necesita energía que la haga funcionar, ¿comprendes?

—Sí, es cierto. Si no hay energía, la máquina se para.

Stanton tendió la vista hacia la enorme caja cúbica situada a poca distancia y de la que partían los cables que alimentaban de fuerza motriz a la autobomba.

—Sin energía, la máquina dejará de autoconstruirse —dijo.

—En efecto.

Stanton se descolgó la bolsa del hombro.

—Esperadme aquí —ordenó. Miró a Diana y dijo—: Luego arreglaremos tú y yo una cuestión pendiente.

Ella se puso colorada, porque había adivinado las intenciones del detective.

—Sí, Vic, lo que tú digas —contestó mansamente.

# CAPÍTULO XIII

Los mohgrs también tenían sus limitaciones físicas, pensó Stanton. Para acceder a determinados lugares de la central de fuerza motriz, era preciso utilizar escaleras adosadas a sus paredes de metal.

Stanton calculó que la central se movía por energía nuclear. Aunque se produjese una explosión, doce kilómetros de bóveda rocosa era suficientes para anular sus efectos en la superficie.

Se acercó a la central. De repente, un brazo metálico de enorme longitud serpenteó hacia él.

—¡Cuidado, Vic...! —chilló Diana—. ¡La máquina «piensa»!

El detective dio un tremendo salto lateral, esquivando por centímetros el ataque de aquel brazo, en cuyo extremo había una excavadora. Las metálicas mandíbulas del artefacto se cerraron en el vacío con estremecedor chasquido.

Stanton corrió hacia la central. Un segundo brazo le persiguió y erró el golpe por un palmo.

—¡Date prisa! —aconsejó el xilf—. La máquina ha captado el peligro y construirá rápidamente brazos más largos.

Stanton reconoció el acierto del consejo. Ya se notaba incluso un incremento en la actividad de la máquina, lo que se traducía en un aumento del ruido y de la velocidad de acción de los brazos que extraían el mineral y cuanto constituía las materias primas de que se alimentaba. Terminó de trepar, llegó a la parte más alta y se tendió en el suelo superior, con casi medio cuerpo fuera.

Directamente debajo de él, a un palmo, asomaba un cable conductor tan grueso como su muñeca y convenientemente aislado. Stanton abrió la bolsa y sacó un cable metálico de un centímetro de grosor, enrollando uno de sus extremos al cable de la máquina.

A continuación colocó un pequeño paquete sujeto con adhesivo a la unión entre los dos cables. El delgado estaba provisto de protección aislante.

El otro extremo del cable delgado fue a parar a un segundo más grueso, separado por unos tres metros del anterior. Stanton colocó un nuevo paquete en la misma posición que al anterior y luego echó a correr hacia los dos cables siguientes.

En total había ocho cables, que enlazó por parejas. Al terminar la última operación, se levantó y corrió hacia la escalera.

Diana gritó de pronto:

—¡Vic!

El detective levantó la cabeza. En menos de un cuarto de hora, la máquina había construido un largo brazo articulado, terminado en un

par de tenazas gigantescas. El brazo avanzaba raudo hacia él.

Stanton sacó la pistola térmica y apuntó con todo cuidado. No podía fallar; el menor error significaría su muerte.

Apretó el gatillo. La descarga calórica fundió el brazo a la mitad de su estructura y el brazo amputado cayó con tremendo estruendo de metal al suelo.

En el interior de la máquina se oyó como una especie de rugido de cólera. Stanton descendió rápidamente y alcanzó el suelo de la caverna.

Acto seguido, corrió para unirse a sus compañeros.

—¡Vamos a la boca de acceso al pozo! —ordenó.

Diana y Toit le siguieron en el acto. Un nuevo brazo, cubierto de una poderosa excavadora a su final, culebreó hacia ellos.

La máquina presentía su final, pensó Stanton, mientras apretaba el gatillo de nuevo. El brazo, limpiamente seccionado a un tercio de su longitud, se desplomó con gran estrépito.

Acto seguido, Stanton sacó de la bolsa una cajita del tamaño de un paquete de cigarrillos. Desplegó la antena telescópica y apretó un botón.

Ocho explosiones de poco ruido se produjeron instantáneamente. En los lugares donde el detective había aplicado los paquetes, se vieron ocho grandes llamaradas.

—¡No pasa nada! —exclamó Diana, decepcionada.

—Aguarda y lo verás —susurró Stanton.

El fuego continuaba, aunque las llamas eran de menor tamaño y, además, se desprendía humo. De repente, se produjo un vivísimo chispazo azulado, junto con un atronador estallido.

Los chispazos se reprodujeron primero fuera y luego en el interior de la central de energía. Durante unos segundos, el gran cubo de metal se convirtió en un infierno de estallidos y chasquidos, que desprendían grandes nubes de humo blanco.

La máquina exhaló un profundo quejido de agonía. Sus piezas móviles se agitaron locamente durante unos segundos. Las palas y las excavadoras arañaban frenéticamente las paredes de la caverna o se golpeaban a sí mismas con ruidos que dañaban los tímpanos de los tres espectadores de tan sorprendente escena.

Poco a poco, los movimientos de las piezas auxiliares fueron cesando, hasta desaparecer del todo. Cada vez había menos luz, hasta que, al fin, se extinguió por completo.

—La máquina ha muerto —anunció Stanton—. Ya no habrá explosión.

—Espero que el ascensor pueda subimos a la superficie —dijo Toit dubitativamente.

—¿No ves que hay luz en el pozo? —sonrió el detective—. La fuente

de alimentación del ascensor está en la superficie, pero, aunque así no fuese, ¿ya has perdido la costumbre de transformarte en un caballo volador?

—El tubo es demasiado estrecho para desplegar las alas del tamaño que necesito —contestó el xilf, haciendo una mueca.

Instantes después emprendían el regreso a la superficie.

—Y bien —dijo Diana—, ¿querrás explicamos cómo inutilizaste la autobomba?

—Es bien sencillo —contestó el detective—. Yo había traído en la bolsa varias bombas térmicas, completamente terrestres, accionadas por radio, las cuales pensaba colocar en distintos puntos de la máquina. Aparte de ello, tengo una carga explosiva, pero no me atreví a utilizarla, temiendo que estallase el uranio de la central nuclear.

—Una sana precaución —aprobó Toit—. Sigue, Vic.

—Bueno, al ver los cables de alimentación de energía eléctrica, se me ocurrió la idea de que no era necesario emplear cargas térmicas en la máquina. Los enlacé por trozos de cable metálico, sin aislante, y el incendio de las cargas dejó los otros cables sin su protección. Entonces se produjo lo que era lógico esperar.

—Una serie de corto circuitos en cadena —dijo Diana.

—Exactamente. Todos los fusibles de la central de fuerza motriz han saltado.

—Pero la máquina podría arreglarlos por sí misma.

—Querida —rio el detective—, toda máquina, por perfecta que sea, necesita al menos un hombre para atenderla. Se necesitaría que alguien reparase los fusibles quemados para poner de nuevo en funcionamiento la central y no habrá nadie que lo haga.

—Olvidas que hay más mohgrs en la superficie del planeta —dijo Toit.

—Para ese peligro, que por ahora es muy remoto, tengo dos soluciones. La primera...

El ascensor subía con bastante rapidez, aunque no tanto que Stanton no pudiera apreciar los detalles del tubo de roca. De repente, cuando habían subido ya unos ocho mil metros, Stanton lanzó un grito:

—¡Para, Toit!

El xilf obedeció de inmediato.

—Desciende tres o cuatro metros —pidió Stanton.

Diana y Toit le contemplaban intrigados. Al pararse de nuevo el ascensor, Stanton pasó la mano por cierto lugar del tubo, retirándola con visibles muestras de humedad.

Una sonrisa de aprobación apareció en sus labios.

—Arriba otra vez, Toit.

Momentos después, llegaban a la galería de la mina. Entonces, el

detective se arrodilló y dejó la bolsa en el suelo, no sin antes haber retirado el detonador de ondas de radio.

—Toit, envía el ascensor abajo. Avísame cuando llegue a los ocho mil metros.

—De acuerdo.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Toit exclamó:

—¡Ahora, Vic!

Stanton pulsó el disparador. Una tremenda detonación se produjo en el acto a dos kilómetros por debajo de ellos.

Se oyó el ruido de la plataforma al caer al abismo. Luego, un nuevo sonido llegó a oídos de las tres personas.

—¡Agua! —exclamó Diana, atónita.

—Justamente —corroboró Stanton satisfecho—. Es raro que un pozo de tanta profundidad no atraviese alguna vena de líquido. Eso sucede en todas las minas y el arte estriba en evitar las inundaciones. Pero la explosión ha destruido los materiales que cegaban la vena de líquido y ahora está cayendo para abajo y seguirá cayendo hasta que la caverna quede inundada por completo.

—Con lo que los mohgrs no podrán reparar jamás la autobomba.

—En efecto.

—Pero pueden construir otra en alguna parte.

—Para eso tengo la segunda solución —contestó el detective.

—¿Cuál es, por favor? —preguntó Toit—. Me muero de curiosidad.

Stanton sonrió sibilinamente.

—Psicología —dijo—. Pero no podré aplicarla mientras no encuentre los archivos del profesor Brunee, en los que imagino, hallaré la lista de todos los agentes mohgrs esparcidos por la superficie del planeta, con sus nombres y direcciones terrestres.

El ruido del agua continuaba oyéndose, cada vez más fuerte. Satisfecho de su solución, Stanton trepó a la vagoneta y la hizo arrancar, llevando a Diana y a Toit como pasajeros.

Cuando llegaron arriba, vieron al mohgr inmóvil.

—Ha muerto —dijo Stanton—. Estuvo demasiado tiempo en esta atmósfera sin escafandra.

—No es una pérdida de lamentar —manifestó el xilf a guisa de epitafio.

*

El ayudante Craig se quedó pasmado de asombro al ver a las tres personas que le contemplaban desde el umbral de la puerta de su laboratorio.

—Nos creía muertos, ¿verdad? —dijo Stanton con la sonrisa en los labios.

Craig intentó un gesto ofensivo, pero el puño de Stanton fue

suficientemente más rápido.

Instantes después, Craig yacía en el suelo, aturdido, aunque incapaz de reaccionar. Stanton y Toit lo ataron sólidamente.

Diana les ayudó en la tarea. Toit refunfuñaba mientras iba de un lado para otro del laboratorio.

—Un caso clarísimo de desorganización —decía—. Enviar a otra agente xilf sin comunicármelo previamente... Así ruedan las cosas en mi planeta y es que tenemos un Gobierno de ineptos...

Stanton se echó a reír.

—¿También vosotros os quejáis del Gobierno?

—Hombre —dijo el xilf—. Nos enteramos de los propósitos de los mohgrs y me designaron para investigar. Pero alguien, por otro lado, hizo lo mismo con Diana...

Stanton frunció el ceño.

—De modo que, cuando termine, se irá de la Tierra —dijo.

—Eso depende de ti —contestó Toit maliciosamente.

El detective calló. Era un problema, se dijo, que resolvería a su debido tiempo.

De pronto, Diana lanzó un grito.

—¡Aquí! ¡Vic, Toit, ya he encontrado el archivo!

Los dos hombres corrieron hacia Diana. Ella enseñaba victoriosamente un cajón empotrado en la pared.

Stanton examinó rápidamente el contenido del cajón. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.

—Muy bien —dijo—. Ahora ya conocemos los nombres y direcciones de los mohgrs que están en la Tierra. Diana, tendrás que volver de nuevo a tu profesión de mecanógrafa. Es la fase psicológica de la lucha.

—Sí, Vic.

—Pero antes, vamos a conversar un poco con Craig. Toit, ¿tienes a mano una pistola con alcohol?

—Por supuesto.

Los tres se, acercaron adonde yacía el ayudante del profesor. Craig les miró con rabia.

—Sólo queremos que nos digas una cosa —habló Stanton—. El lugar donde está vuestro puesto de mando, jefatura o como quieras llamarlo, y el medio de transporte que usáis para ir y venir a este sitio.

Craig vaciló. El xilf, sonriendo ladinamente, dijo:

—Tú verás qué es lo que más te conviene, muchacho. Como yo, eres un polimórfico, pero me parece que acabarás opinando que en este planeta no se vive tan mal como para querer su destrucción. Yo creo que con un poco de tiempo, acabarás acostumbrándote a mantener la tensión mental sin esfuerzo y la vida aquí te resultará fácil y placentera. Incluso, con los conocimientos que posees, puedes acabar

siendo Premio Nobel y ganar mucho dinero.

—¿Me estás tentando? —preguntó Craig.

—A decir verdad, te estoy concediendo una alternativa —respondió el xilf—. Entre dos opciones, puedes elegir una. Pero la equivocada es la de seguir manteniendo su actitud de no colaboración, de eso puedes estar seguro.

Craig dudó unos momentos. Stanton y Diana le contemplaban ansiosamente.

—Está bien —dijo al cabo—. ¿Qué es lo que debemos hacer?

El xilf se echó a reír. Volvióse hacia la pareja y les guiñó un ojo.

—Acabará siendo un terrestre, como yo —dijo jovialmente.

# CAPÍTULO XIV

Sumamente nerviosa, Diana preguntó:

—¿Crees que dará resultado, Vic?

Stanton hizo un gesto de asentimiento.

—Por supuesto. Aunque no tenga nuestra forma, son humanos como nosotros…, es decir, como yo. Pero el ser inteligente está siempre propicio a caer en las trampas más o menos psicológicas que puedan tenderles otros congéneres.

Toit y Craig llegaron en aquel momento.

—Todo está preparado —dijo el primero.

Stanton fijó la vista en Craig.

—¿No te arrepentirás? —preguntó.

El ayudante hizo un signo negativo.

—Toit tiene razón —contestó—. Aquí se vive demasiado bien para destruir este hermoso planeta.

—Celebro que pienses así —sonrió el detective—. ¿Cómo marcha la teleportadora?

—En orden. Lista para enviar al espacio lo que sea —respondió el xilf.

Stanton meneó la cabeza.

—Una civilización adelantadísima —comentó—. Aquí, ni siquiera se sueña con la teleportación.

—Eso puede ganar el Premio Nobel para nuestro amigo —sonrió Toit.

De pronto, Stanton recordó una cosa.

—Toit, ¿quieres saber que ni siquiera se me ha ocurrido preguntarte cómo llegaste a la Tierra?

El xilf se contempló las uñas con gesto displicente.

—Si te lo digo, no te lo creerás —contestó.

—Vamos, habla ya. Después de todo lo que he visto, cualquier cosa que me digas me parecerá perfectamente aceptable.

—Bien, vine de polizón en una de vuestras astronaves.

Stanton se quedó atónito.

—¿Polizón? —repitió.

—Sí, llegué en la mía a las cercanías de Marte, donde tenéis varias colonias y la escondí bajo el suelo. Allí los sistemas de detección no son tan perfectos como los de la Tierra.

—Sigue. ¿Qué más?

—Bueno, cuando llegó el momento, me metí en la nave. No fue difícil, como puedes comprender.

—Ya —murmuró Stanton pensativamente. Se volvió hacia Diana—.

¿Y tú?

—Más o menos, de la misma forma, pero en otra época.

—¿Cuánta diferencia de años?

—Bastantes. Yo llegué cinco años antes que Toit.

—Llevo solamente unos pocos meses en vuestro planeta —dijo el aludido.

Stanton reflexionó un instante. Luego preguntó:

—Diana, ¿no has sentido nunca la tentación de cambiar de forma?

Ella hizo un signo negativo.

—No —contestó—Ni creo que pueda hacerlo ya.

—¿Por qué? —respingó el detective.

—Son demasiados años, Vic. Ahora no me cuesta en absoluto mantener la tensión. Lo hago de una manera normal, instintiva, automáticamente. Para mí, lo difícil ahora sería volver a mi primitiva forma.

El xilf soltó una risita.

—Y con ese cuerpecito y esa cara, ¿quién quiere cambiar de aspecto? —exclamó irónicamente.

Ella le sacó la lengua en son de burla. Stanton, sin embargo, sentía cierta preocupación.

—Bien, Diana —dijo—, imaginemos que te casas. ¿Cómo será tu descendencia?

Ella se sonrojó vivamente.

—No hay dudas al respecto —contestó—: enteramente terrestre.

—Hay más de un xilf por ahí convertido en terrestre —dijo Toit con acento intrascendente—. Vinieron para una misión, la cumplieron… y se quedaron. Somos un poco policías de la galaxia, ¿comprendes? No nos gusta que nadie se meta con la gente de otros planetas.

—Esa sí que es una sorpresa —declaró Stanton—. ¿Y… y vuestros jefes no… no se quejan de esas deserciones?

—Tenemos amplia libertad para quedamos donde nos plazca, eso sí, respetando los usos y costumbres locales. Yo me parece que me quedaré también en la Tierra…

Craig les interrumpió de repente.

—¡Atención! ¡Están llamando desde el satélite! —exclamó.

Stanton sintió un ligero nerviosismo. Por fin iba a enfrentarse con el jefe de aquellos seres extraterrestres que pretendían hacer saltar el planeta en pedazos.

*

Una pantalla de televisión se iluminó en el acto. Stanton procuró contener su repugnancia al ver el horrible rostro que llenaba casi todo el ámbito de la pantalla.

—¡Sesenta y Ocho! —gritó el número Uno—. ¿Dónde estás? ¿Por

qué llevas tantos días sin contestar a mis llamadas? ¿Por qué no funciona la máquina teleportadora? ¿Por qué tenéis cerrada la puerta de acceso terrestre?

—Muchas preguntas haces, Número Uno —sonrió Stanton, colocándose delante del objetivo de la cámara, para que su imagen llegase hasta el satélite—. Pero quizá yo esté en condiciones de responder a ellas.

—¿Quién eres tú? —gruñó el mohgr.

—El hombre que ha arruinado vuestros planes —contestó el detective—. Soy Vic Stanton, el terrestre que ha inutilizado vuestra bomba para siempre.

Un grito de rabia se escapó del pico del mohgr.

—¿Tú? ¿Cómo lo has conseguido?

—Destruyendo la central de fuerza motriz en primer lugar, y en segundo, inundando la caverna donde estaba la maquinaria. Además, y posteriormente, hemos volado la mina. Nadie podrá entrar más en aquel lugar.

—Volveremos a intentarlo. El tiempo no cuenta para nosotros.

—Lo dudo mucho —dijo Stanton fríamente—. Habéis fracasado. Reconócelo y lárgate con la música a otra parte, número Uno.

—No, jamás; este planeta es el que nos conviene. Nos quedaremos aquí... y aunque de momento hayas triunfado, todavía tengo numerosos agentes esparcidos por la Tierra...

—¿De veras? —sonrió Stanton, a la vez que sacaba un papel del bolsillo—. Tú sabes leer los caracteres terrestres, creo.

—Sí, es cierto —admitió el mohgr.

—Bien, en ese caso, lee.

Stanton colocó el papel delante del objetivo de cámara. A setenta mil kilómetros de distancia, la imagen se reprodujo nítidamente en otra pantalla.

El número Uno leyó:

*«Querido amigo(a):*

*«Eres un mohgr, tenemos pruebas suficiente de ello. Ignoramos el número por el cual te identificas entre los tuyos, pero eso es ahora lo de menos. Conocemos, no obstante, la misión que os trajo a la Tierra.*

*»La autobomba ha sido destruida de tal manera, que jamás podrá hacer explosión. Vuestro empeño, por tanto, ha fracasado.*

*»Pero, por otra parte, ¿a qué destruir un planeta tan bello? Ciertamente, sus habitantes no se ven exentos de defectos y hay muchos que son ruines, cobardes, rastreros y falsarios. Pero la mayoría de la gente es buena y aunque con inconvenientes, se vive bien. ¿Por qué destruir este planeta? ¿No has tenido pruebas suficientes de lo que te decimos durante tu permanencia aquí, viviendo como un terrestre?*

*»¿Verdad que resultaría maravilloso para ti seguir siendo un terrestre toda la vida? Has hecho amistades, conoces a muchas gentes. ¿Puedes tolerar que mueran? ¿Serías capaz de iniciar los trabajos para construir una autobomba? Y aunque lo consiguierais, bajo tu aspecto de terrestre, ¿viviríais lo suficiente para verlo?*

*»La autobomba destruida tardó cientos de años en ser puesta en funcionamiento. Pasarán varios siglos antes de que logréis construir otra. Antes, mucho antes, tú te habrás casado, tendrás hijos terrestres… ¿Permitirás que los hijos de tus hijos mueran por satisfacer la ambición de unos cuantos ambiciosos sin escrúpulos?*

*»Eso es todo, querido amigo (a) mohgr. Dentro de poco tiempo, nos pondremos en contacto contigo para recibir tu respuesta que, no dudamos, será afirmativa.*

*»Cordialmente…»*

El número Uno lanzó un rugido de rabia.

—¡No lo conseguiréis! —chilló.

—¿De veras? —rio Stanton—. Amigo, has calculado mal la inteligencia de los terrestres. Estoy seguro de que las respuestas serán afirmativas en más de un noventa por ciento. A los restantes, a los que se nieguen… ¡Los aplastaremos sin piedad!

—¡Este planeta será para nosotros! ¡Lo necesitamos! ¡Necesitamos el sitio que ocupa en el Sistema Solar! —graznó el número Uno—. Nos costó miles de años dar con la ubicación más adecuada para nuestro planeta y cuando el vuestro nos haya dejado su plaza, vendremos aquí, a recibir los cálidos rayos de vuestro Sol, la estrella más adecuada para la raza mohgr.

—No habrá tal —dijo Stanton firmemente—. Queríais pulverizar la tierra para ocupar su sitio. Desecha tus proyectos, número Uno.

—Ningún mohgr querrá aceptar tu propuesta. Nosotros vivimos infinitamente más que los terrestres…

—Porque os halláis en otra circunstancia temporal —alegó el detective—. Cuando un mohgr adopta la forma terrestre, entra también en nuestro tiempo y, para él, la duración de la existencia en este planeta y en nuestra circunstancia temporal, será análoga a la que viviría en vuestro mundo.

El número Uno pareció quedarse anonadado al escuchar aquella respuesta. Durante unos momentos, reinó el silencio en el laboratorio.

De repente, Craig apareció por detrás de Stanton, encañonándole con una pistola.

—¡Arriba las manos!

El detective obedeció instantáneamente. El número Uno lanzó un aullido de triunfo.

—¡Bravo, Ciento Doce! ¡Envíame inmediatamente a ese

entrometido! ¡Voy a hacerle desaparecer de la circulación para siempre!

—Como ordenes, Uno —contestó Craig—. Ahora mismo me lo llevo a la puerta terrestre de la teleportadora. ¡Andando, Vic!

En la puerta de recepción de la teleportadora que correspondía al observatorio, el número Uno esperaba ansiosamente.

Una silueta se materializó al otro lado de la placa de grueso vidrio que cerraba la puerta. El número Uno movió un tentáculo.

—¡Abrid! —ordenó.

Varios mohgrs contemplaban la operación. Dos de ellos se precipitaron hacia la puerta.

Le abrieron. La silueta del detective apareció con toda nitidez ante los ojos facetados de los mohgrs.

—Y ahora... —empezó a decir el número Uno, radiante de satisfacción.

Pero no pudo continuar hablando.

Súbitamente, el detective se convirtió en un relámpago que despedía un resplandor intensísimo.

Ninguno de los mohgrs oyó la detonación. Ninguno de cuantos se encontraban en el observatorio se enteró de la explosión que destruyó el satélite por completo, reduciéndolo a minúsculos fragmentos.

Todos murieron instantáneamente.

*

Desde una de las terrazas del laboratorio, Stanton, Diana, Toit y Craig vieron aparecer en el cielo una resplandeciente luminaria que barrió las tinieblas durante unos momentos.

La gente gritó en las calles. Pero el resplandor se apagó muy pronto.

—Será cosa de enviar una nueva circular a todos los mohgrs y comunicarles la destrucción de su satélite —dijo Stanton—. Pediremos respuesta y capturaremos a los que se nieguen a aceptar nuestro plan.

Toit hizo un gesto de asentimiento. Diana dijo:

—Fue una buena idea enviar el maniquí con tu figura, repleto de explosivos, Vic.

—Sí, gracias a la ayuda de Craig, quien, por fortuna, se ha convencido de lo bien que se vive aquí.

—No lo lamento —manifestó Craig—. Ahora veo lo erróneo de nuestra actitud.

—Tienes unos conocimientos científicos muy grandes —dijo Stanton—. Aplícalos al beneficio de tu nuevo mundo... y piensa que aquí hay chicas de muy buen ver.

Stanton sonrió, a la vez que levantaba la vista al cielo

—La Tierra tiene una plaza en el sistema solar y no hemos de permitir que nadie nos la arrebate —concluyó.

*

Stanton entró en su departamento y gritó:

—¡Toit! ¡Toit! ¿Dónde diablos te has metido? ¡Contesta, hombre! «¿O debo llamarle xilf todavía?», se preguntó, dubitativo.

—Estoy aquí, Vic —respondió Toit—. ¿Qué es lo que quieres?

—Prepárame una maleta con ropa. Diana y yo vamos a casamos y saldremos inmediatamente en viaje de bodas.

—Vaya —respingó Toit—. Al fin te has decidido.

—Sí, creo que es la mujer que me conviene. Y como ella me ha aceptado ¿a qué perder más tiempo?

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, Stanton, extrañado, dijo:

—Pero, bueno, ¿por qué no sales? ¿Qué demonios estás haciendo?

—Espera un momento, por favor; ahora mismo voy.

Dos minutos después, Stanton oyó unos pasos que procedían de su dormitorio. Un hombre joven y apuesto apareció ante sus ojos, con una maleta en las manos.

—¡Oiga! ¿Quién es usted? —exclamó el detective, desconcertado—. ¿Qué hace usted en una casa que no es la suya?

El joven se echó a reír.

—¿Ya no me conoces, Vic? ¿No te gusta mi aspecto…, el que tendré de ahora en adelante? El otro no me gustaba y he decidido tomar esta apariencia para siempre.

—Vaya, quién lo dijera —rezongó Stanton—. Eres un sujeto atractivo, todo hay que decirlo pero, ¿por qué has cambiado de…?

Toit le guiñó un ojo.

—Conozco a una viudita joven, guapa y rica que está muy necesitada de consuelo —respondió—. Qué diablos, Lisa Anderson me gusta… y puesto que seguiré siendo un terrestre, ¿por qué no sacarla de su viudez?

—¡Qué tío! —se admiró el detective—. Estoy seguro de que lo conseguirás, Toit. Pero tendrás que cambiarte de nombre, claro.

—Eso es lo de menos, Vic. Ah, a propósito; terminada mi misión, he dejado de ser tu criado.

—Por supuesto, aunque yo sigo preguntándome quién sirvió a quién.

Toit rio de nuevo.

—La diferencia de matices no importa —respondió—. El caso es que el problema se resolvió satisfactoriamente.

De repente, Stanton se sintió invadido por un sentimiento de alarma.

—¡Toit! ¿Qué pasará si un día a Diana se le antoja cambiar de aspecto? —exclamó.

El xilf meneó la cabeza.

—No lo hará, porque te quiere y sabe que te perdería si lo hiciera…

Además de que ya es una terrestre por completo.

Stanton se fijó entonces en la elegante indumentaria del xilf: traje cruzado, gris claro con rayitas blancas, corbata de color granate, una flor en el ojal, zapatos relucientes, guantes de cabritilla, bastón y sombrero.

—Es un atuendo pasado de moda, pero que vuelve a imponerse —explicó Toit con displicencia, mientras se dirigía hacia la puerta—. Estoy seguro de que le gustará a Lisa Anderson.

—No me cabe la menor duda —admitió Stanton.

Toit le dirigió una amplia sonrisa.

—Adiós, amigo —se despidió—. Volveremos a vernos, espero —suspiró y dijo—: ¡Qué bello es ser terrestre!

Silbando, salió del departamento. Stanton sonrió.

Abajo, en la calle, le esperaba una persona que también encontraba hermoso ser terrestre.

**F I N**